

tomados al dialecto semisiriaco-semihebreo que empleaban los montañeses de la Galilea, se encuentran desparrramados por el texto.¹

Y luego, *el genio israelita* no deja de manifestarse. ¿Será necesario traducir los sentimientos? La paleta de los sinópticos carece de colores. “Así para los sentimientos más profundos que llenan el alma humana, el amor y el odio, hay dos palabras que los expresan, más los matices sin número que separan esos dos extremos no pueden expresarse... de tal suerte que Nuestro Señor, para significar que no se le debe preferir al padre o a la madre, se ve obligado a decir: Si alguno viene en pos de mí y no odia a su padre y a su madre...”² ¿Se trata de sensaciones? Los substantivos escápanse, no quedan sino verbos: ver, oír, tocar, gustar, sentir. (Marc. V 38; Luc. II, 26). He aquí otros ejemplos. La palabra corazón designa a la vez la inteligencia, la conciencia y el remordimiento (Matth. XIII, 15; Luc. II, 19; XXIV, 24, 25, 32). El cuerpo y sus funciones se ordenan con un único vocablo: la carne. Expresiones concretas: los dulces, los misericordiosos, vienen a reemplazar a los términos abstractos: misericordia, dulzura, etc.

Si pudiéramos entrar aquí en el estudio *de los géneros literarios* — menester será hacerlo a no tardar, y por esto insistiremos ahora — un tercer argumento vendría a apoyar esta demostración. Los sinópticos encierran algunas parábolas. Pero “la parábola era tan bien una cosa judía y palestiniiana que, transportada sobre el suelo griego, no tomó raíces: en toda la antigua literatura cristiana no se halla una sola parábola”.³

2. ¿Dónde, pues, residían esos judíos que redactaron los Evangelios? ¿Perteneían a la diáspora, o

1 Roupain, op. cit., p. 408.

2 “La lengua griega no está, por otra parte, sino sobrepuesta sobre estos escritos, como un velo transparente a través del cual se halla sin dificultad la forma hebraica o aramea del pensamiento. Que nos encontramos allí, en lo esencial, en presencia de una traducción primitiva, es indiscutible.” Harnack, *L'essence du Christ*, 2.^a conferencia.

3 Batiffol. *Orpheus et l'Evangile*, p. 229.

eran auténticos PALESTINENSES? No cabe duda de ello. Reparad en esa campiña soleada, a la que prestan su sombra algunos olivares, cipreses, higueras, terebintos, y que, sobre su suelo manchado de placas rocosas, donde brotan locamente las gramíneas bien pronto mustias por el sol, ofrece cuando menos al labrador una mies que le disputan las espinas y las zarzas. Ved esas casas de techos llanos y embaldosados, amontonadas en derredor del lago de Genesaret, lago tan calmado ordinariamente y a veces tan tempestuoso que la multitud de los pescadores se angustia, miradlas, como podéis contemplar los paisajes pintorescos que rodean a Jerusalén. Contemplad también la topografía de esas insignificantes aldehuelas, y decid: ¿cómo, con sobrios trazos echados aquí y allí sin intención, otros que no hubieren sido testigos oculares habrían podido diseñar un cuadro geográfico de Palestina que concorde tan admirablemente con las relaciones de un Josefo, de un Strabon y de un Plinio?

He aquí ahora los colectores de un impuesto que recuerda la dominación extranjera, esos odiosos publicanos que por sus malversaciones merecidos tienen el odio y el desprecio generales.¹ Ahí la diversa suerte de hermanos enemigos. Fariseos² henchidos de orgullo, necios casuistas que no osan frotar una espiga el día del sábado, pero que devoran en todo tiempo el ahorro de la viuda y del huérfano; Saduceos³ escépticos, con propensión a bromear sobre la resurrección, crueles

1 "El impuesto no era percibido directamente por medio de funcionarios reales. Era arrendado por el tesoro a compañías que se encargaban de percibir las tasas. Estos arrendadores no tenían enteramente el campo libre... Pagábase según la tarifa y el uso, lo que daba margen a diversas vejaciones. Los empleados de los asentistas eran los agentes de estas vejaciones, y mal vistos del pueblo". Lagrange, *Ev. selon s. Mar.*, p. 37. — Lo vago de las tarifas, que por otra parte se daba a conocer lo menos posible a los interesados, favorecía mucho el fraude.

2 Etimológicamente, los "separados". Estos se distinguían del resto de los Judíos por una observancia minuciosa de la Ley de Moisés; y además de esto por numerosas devociones supererogatorias. Tendían más a parecer santos que a serlo en verdad. Cfr. Durand, *Ev. selon s. Matthieu*, pp. 25, 367-681.

3 "Los hijos de Sadoc", de línea sacerdotal o aristocrática, no constituían una secta filosófica sino un partido. Indiferentes a las aspiraciones religiosas del pueblo, dados a los goces y placeres, e incrédulos, ejercían muy poca influencia.

al propio tiempo así que su interés lo pide. Ahí los sanedritas:¹ privados de su derecho de condenar a muerte, se abajan a implorar de Pilato, su opresor, una condenación capital. Y ahí el bajo pueblo. "Pobres gentes que no saben sino qué es apedazar un vestido, barrer una casa, moler una medida de harina, a las que la pérdida de una dracma o la desaparición de una oveja les causa considerable emoción; labradores, trabajadores que siembran y recogen, meten el trigo en los graneros y el vino en odres nuevos, y con la caída del buey o del asno, en los pozos de cuando en cuando, para variar esa monotonía".² — Una vez más, aún, hemos de reconocer que muy en contacto estuvieron con la vida palestinese, los pintores de ese cuadro moral de toques rápidos y discretos.

3. Y el mismo texto evangélico nos permitirá determinar hacia qué época fueron escritos los Evangelios: antes del año 70. Porque según frase de san Lucas (XIII), la torre de Siloe cayó sobre diez y ocho personas y las mató (v. 4);³ a los turbulentos Galileos que, con ocasión de una fiesta, excitaron un movimiento de revuelta en el templo, Pilato les hizo perecer a la vista de la multitud, mezclando así su sangre con la de los sacrificios; deseosos de atraerle a tierras de Judea donde los Sanedritas le podrán prender, algunos fariseos previenen hipócritamente al Cristo que Herodes Antipas quiere asesinarle (31)... San Mateo describe (XXIII, I-31) a esos mismos fariseos, alargando las borlas blancas o azules en las orillas de sus mantos; sujetando mediante correas, a la mano izquierda y a su frente, listas de pergamino sobre las cuales están escri-

¹ *Christus*, p. 687. Rousselot y Huby. *La Religion chrétienne*.

² Miembros del consejo supremo de Jerusalén, el Sanedrín, escogidos en número casi igual entre los jefes de las familias sacerdotales, los Escribas o Doctores de la Ley (casi todos Fariseos) y los Ancianos del pueblo.

³ Siloe es tenido por un hombre bien conocido, así como la caída de la torre y el número preciso de las víctimas... Las investigaciones del capitán Weill, en 1914, han sacado a luz los primeros sillares de una torre edificada a lo largo del canal. Lagrange, in. o. c.

tos los principales preceptos de la ley; presentándose en fin como los sucesores de Moisés. Después, el Evangelista habla de su modo de proceder: malos pastores, abruman al pueblo con preceptos insoportables, y le desencaminan, porque, dicen, si uno jura por el templo, no obra mal, mas si se jura por los revestimientos de oro, por los vasos, o por el tesoro sagrado del templo, ciertamente, peca. Finos matices colorean el relato de la Pasión, cuando leemos el texto de san Marcos (XV): fariseos y herodianos, que habían hasta entonces conspirado contra Jesús, no son sino instrumentos de los grandes sacerdotes; si el procurador ha dejado Cesarea, su residencia habitual, si mora en Jerusalén, es en vistas a la Pascua; el Sanedrín espera de él solo la ejecución capital que sus miembros exasperados, rencorosos tienen ya decretada...

Ahora, téngase muy en cuenta lo siguiente: el mundo religioso y político que los tres primeros evangelios reflejan sobre ese punto, con pormenores tales, ese mundo tuvo su hora. La catástrofe del 70 hizo vinieran al suelo los monumentos de la Ciudad Santa, la torre de Siloe, el templo y su vida litúrgica intensa, mientras sepultaba para siempre bajo sus escombros las castas demasiado movedizas de los saduceos, de los fariseos y de los escribas... Si uno recapacita ahora, por una parte, que los antiguos no tenían sentido alguno arqueológico y no podían, por consiguiente, reconstruir el pasado sino con dificultad; y por otra, que ese cuadro preciso, en el que se mueve el Salvador aparece en los Sinópticos sin intención pero que resulta de trazos esparcidos, consignados sin orden ni concierto al paso y proporción de las circunstancias, — es imposible no concluir de un modo indefectible, que *o bien nuestros redactores son palestinenses que conocieron personalmente la Palestina en los días de Cristo; o bien que poseen sus informaciones de la primera generación judío-cristiana, a partir de una época en la que los re-*

cuerdos de un mundo complicado y desaparecido de un golpe subsistían con una exactitud perfecta.

Sea cual fuere la hipótesis que se adopte, se debe hacer datar a nuestros Sinópticos de los alrededores del año 70.

M. Harnack se adhiere a esta conclusión. En su contenido esencial, escribía en 1900, los Evangelios pertenecen al período primitivo del cristianismo, a su período judaico, a esa corta época que podemos mirar como la época paleontológica".¹ Un poco más tarde, dirá claramente: «entre los años 30-70, y sobre el suelo de Palestina, precisando aún más en Jerusalén, todos los desarrollos posteriores existían, y existían fijados".²

CRÍTICA EXTERNA

Es, por cierto, la crítica externa la que confirma nuestra tesis.

1.º HACIA FINES DEL SIGLO II, las numerosas Iglesias que rodean el mar Mediterráneo, utilizan nuestros

1 "Algunas decenas de años más tarde, no se podía ya reproducir en su pureza esta forma de exposición tan sencilla y tan precisa, ese género literario creado tanto por analogía con los relatos de los maestros judíos, como para atender debidamente a las necesidades catequéticas. Apenas adentrado en el mundo greco-romano, el Evangelio se apropiaba las formas literarias de los griegos, y el estilo de los Evangelios aparecía como una cosa extranjera, pero sublime". *L'Es-sence du Christ*, 2.ª conferencia.

2 *Lukas der Arzt*. D. F. Strauss databa, en 1835, como siendo de la mitad del segundo siglo (hacia el año 150), la redacción de nuestros tres primeros evangelios. Más tarde, las fechas véseles ir aproximándose regularmente, a las fechas tradicionalmente admitidas:

| | S. Mateo | S. Marcos | S. Lucas |
|-----------------------|----------|-----------|----------|
| F. C. Baur (1847) | 130-134 | 150 | 150 |
| E. Renan (1877) | 84 | hacia 76 | 94 |
| A. von Harnack (1911) | 70-75 | 65-70 | 60-67 |

Según el último autor citado, el más ilustre teólogo protestante de la Alemania contemporánea, el Marcos actual habría tenido, por otra parte, una primera edición y la pretendida fuente común, escrita, que no pocos incrédulos asignan a Mateo y a Lucas, Q, remontaríase al año 50 o hasta más allá. — Sobre las causas del nuevo rumbo de la crítica independiente: métodos perfeccionados y textos nuevos, cristianos y no cristianos, sacados a luz, cfr. L. de Grandmaison: *L'Évangile dans la vie*, abril 1923. *Mercur de France*, 15 agosto 1923. — *Jésus, dans l'histoire et dans le mystère*.

Evangelios; son de ello una prueba, estas atestaciones y estos hechos.

175. TACIANO publica su "Diatessaron", una concordancia evangélica en lengua siríaca.

190-203. "Esta palabra, declara al gnóstico Casiano un gran viajero tan letrado como docto, Clemente de Alejandría, esta palabra no se lee en los cuatro evangelios que nos ha transmitido la Tradición sino en el de los Egipcios". (Stromates. III, 13).

190-220. TERTULIANO argumenta contra Marción. "Vuestro Evangelio, dice, no es en verdad conocido de la mayor parte de las Iglesias; y si alguna le conoce, lo condena. Las iglesias apostólicas cubren con su autoridad y su patrocinio los otros Evangelios, que poseemos por ellas y de conformidad con ellas, los de Juan y de Mateo, y también el de Marcos, aún cuando se le atribuya a Pedro del que era Marcos el intérprete, así como se atribuyen a Pablo los relatos de Lucas... (Adv. Marción I IV, 5).

177-189. IRENEO. Discípulo de Policarpo quien "conversó con Juan y los demás testigos del Señor", obispo de las cristiandades de la Galia, y, por lo demás, crítico juicioso,¹ Ireneo, para oponer una afirmación doctrinal a los innovadores temerarios, invoca la tradición. "La economía de la salvación, escribe, no son otros quienes nos la han enseñado sino los hombres venerados a los que debemos el Evangelio. Este Evangelio, lo predicaron primero, y después, habiéndolo Dios querido así, nos lo transmitieron con el objeto de que sea el fundamento y la columna de nuestra fe... Viviendo entre los Hebreos, Mateo escribió su Evangelio, en su propia lengua, en tanto que Pedro y Pablo predicaban en Roma y fundaban la Iglesia. Después de su partida, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, consignó por escrito la predicación del jefe de los Apóstoles. Lucas, a su vez, que fué el compañero de

¹ Tertuliano le llama "omnium doctrinarum curiosissimus explorator".

Pablo, publicó en un libro el Evangelio que éste predicaba"... (Contra Hæres. III I, 1.)

185. EL CANON DE MURATORI menciona el Evangelio de san Lucas como siendo el tercero.

Este último documento enumera los libros tenidos por inspirados y recibidos en las asambleas oficiales. Además, los doscientos ejemplares del "Diatesseron" que Teodoreto halló, dan testimonio de un uso privado ya muy extendido. En Roma, en Cartago, en León y en las riberas del Nilo, en Siria, por doquiera se cita con respeto los Evangelios; sirven de fundamento en la argumentación contra los herejes, porque, es esa la creencia general: son de origen apostólico.

Ahora bien, una tal persuasión no se explicaría en modo alguno si los Sinópticos eran de reciente aparición en esa época. Otros, sin contar a los Ireneos y a los Clementes, habían conocido a Papias, a Policarpo y a Paatenio, discípulos inmediatos de los presbíteros que recogieron la palabra de los Apóstoles: los gnósticos, sobre todo, habrían aplastado con un mentís el argumento escriturario que se les oponía. Pero no, se callaron.

Es, pues, necesario relacionar nuestros libros al menos con la segunda, tal vez con la tercera generación anterior, y ello nos conduce a fines del siglo I.

Buscaremos, sin embargo, algunas pruebas directas.

2.º A MEDIADOS DEL SIGLO II, entre los años 150-160, un Samaritano convertido al cristianismo, maestro de escuela en Efeso y en Roma, SAN JUSTINO, se dirige al emperador o al senado romano. Nos suministra un testimonio sin par, hablando de las "Memorias de los Apóstoles" llamadas Evangelios, y tan estimados de los fieles que es costumbre leerlos, con los escritos de los profetas, en las asambleas dominicales (I Apo. XXXIII, LXVI, LXVII). ¿Hallamos ahí nuestros Sinópticos? Todo nos induce a creerlo. Porque el apolo-gista parece tomar de Mateo sus referencias a la concepción original, a la adoración de los magos, a la huída

a Egipto, a la tentación en el desierto, a la guardia de la sepultura (I Apol. XV, XVI, XXXV; Dial. XVII, XLIX, LI, LIII, LXVIII, CIII, CVIII, CXXV).¹ Sus informaciones sobre el nacimiento de Juan Bautista, la anunciación, el nuevo censo de Quirino, la circuncisión, la predicación de Jesús, contando treinta años, bajo Tiberio y Poncio Pilato, la institución de la Eucaristía, la agonía de Getsemaní, la comparecencia ante Herodes, las últimas palabras del Cristo, se cree que las toma de Lucas (I Apol. XIII, XXIII, XXXIV, LXVI; Dial. LXVII, LXX, LXXVIII, LXXXIV, CIII, CV, CXVI). Conoce de san Marcos la final deuterocanónica y algunas noticias típicas: el oficio de José, los sobrenombres conferidos al jefe de los Apóstoles y a los hijos de Zebedeo, el lugar donde estaba atado el asno sobre el que debía montar el Salvador el día de Ramos, etc. (I Apol. XXXII, XLV; Dial. LXXXVIII, CVI).

125-140. Un discípulo de san Policarpo, PAPIAS, publica "la Exégesis de los discursos del Señor". El Anciano, refiere él (probablemente san Juan),² decía aún aquí: Marcos, intérprete de Pedro, ha dejado cuidadosamente escrito todo aquello de que él se acordaba. Sin embargo, lo que fué pronunciado o hecho por Cristo, no lo escribió con orden, porque no había oído al Señor ni le había seguido; pero más tarde, como lo ha dicho, había acompañado a Pedro, quien daba sus enseñanzas según las necesidades (de aquellos que le escuchaban) sin exponer con orden los discursos del Señor. De esa suerte, Marcos no ha hecho ninguna falta escribiendo ciertas cosas según que de ellas se acordaba; porque no tenía sino un solo cuidado, el de no omitir nada de lo que ha-

¹ Cfr. M. Lepin, *Dict. Apolog.*, fasc. VI, Roupain *Leçons et lectures d'Apol.*, pp. 578 y ss. Lecouvet, *Trib. ap.* enero y mayo 1913.

² El P. Lagrange no comparte esta hipótesis. "No es menos verdadero, dice, que Juan el presbítero o el anciano es un discípulo de los apóstoles, un hombre de la generación anterior a la de Papias, quien estaba muy bien informado sobre los orígenes y a quien Papias consultaba por ello mismo. Y este testigo casi ocular se expresa sin la menor vacilación sobre un hecho que podía ser de notoriedad pública". *Évangile selon s. Marc* (XXII).

bía oído y de no dejar pasar en lo que escribía error alguno". "Mateo, relata aún Papias, escribió en lengua hebrea los discursos del Señor y cada uno los interpretaba como podía".¹

Después de haberse preguntado si se trata aquí de un Marcos y de un Mateo primitivos o bien de los Evangelios tal cual los poseemos hoy, los críticos se inclinan generalmente hacia esta segunda hipótesis.² Papias, opinan, podía aprobar un libro tan bien ordenado como el del secretario de Pedro, en su redacción actual, si tomaba como criterio el orden cronológico adoptado por san Juan. Y no recurrió para diferenciar el Mateo arameo del Mateo griego al término *λόγια*. El mismo lo extiende a los hechos no menos que a los dichos del Cristo, allí donde atestigua sobre Marcos; reúne así los Setenta, Clemente de Alejandría, Ireneo, Clemente de Roma y san Pablo, quienes, todos, entienden con esa palabra las acciones de Jesús desde que ellas constituyen adoctrinamientos u oráculos divinos.³

1 Es decir, del mejor modo que sabía, así como lo da a entender un texto egipcio análogo del año 55 antes de Jesucristo, citado por Zahn. Cfr. *L'Ami du Clergé*, 20 marzo 1924, p. 178.

2 "La idea de una colección de sentencias que habría sido redactada de buen principio en hebreo o en arameo por el apóstol Mateo, y que, una vez traducida al griego, habría entrado con modificaciones más o menos importantes en la redacción del evangelio, no es sino una hipótesis crítica, ventajosa para la solución del problema sinóptico, pero que no debería autorizarse con los nombres de Juan el Anciano y de Papias". Loisy. *Les Ev. Syn.*, t. I. p. 28. "Salvo algunas poco numerosas excepciones, se ha abandonado por completo esta extraña opinión de que Papias habla... de una obra precanónica de Mt., y se entiende la noticia con razón, como Ireneo... y Eusebio, de nuestro primer evangelio". Schmidtke. Cfr. Lagrange, *Ev. selon s. Matth.*, p. XVII.

3 Se pueden adelantar otros motivos contra la existencia de los "Logia", fuente Q de los Sinópticos reconstituída por M. Harnack: 1.º) De suponer que s. Mateo haya realmente compuesto una colección de discursos, parábolas y sentencias aisladas, con un pequeño número de episodios históricos, cuyo horizonte sería únicamente galileo, ¿cómo pudo acontecer que una obra tan importante haya desaparecido sin dejar el menor vestigio y sin que ninguno de los escritores eclesiásticos, esos ávidos investigadores de los primeros monumentos cristianos, haya tenido conocimiento de ello? (Fillion.) 2.º) Nuestro san Mateo es un todo perfecto desde el punto de vista del género literario y de los caracteres del estilo, por lo que se puede suponer que debió ser el primer evangelio seguido y completo, escrito para atender a las necesidades de la comunidad primitiva (Lagrange).

144-154. Marción da a su secta una edición mutilada del evangelio de san Lucas.¹

3.º ENTRE LOS AÑOS 140 y 95, la tradición aventaja a los escritos, porque son enjambre los cristianos que han conocido y oído, sino a los Apóstoles, al menos a sus discípulos inmediatos; el valor de esas palabras carece de precio. Y así es que algunas obras de circunstancias, no encaminadas a sentar expresamente plaza de citas evangélicas, nos aportan pruebas y más pruebas.

130-150. La antigua homilía, dicha SEGUNDA EPÍSTOLA DE SAN CLEMENTE, cita muchas sentencias del Maestro cuyo texto está tomado de Mateo o de Lucas (II, 4; IV, 2; VI, 1; IX, 2; XIII, 4).

115-10. Una trilogía didáctica para la reforma de las costumbres, EL PASTOR DE HERMAS, contiene una cuarentena de alusiones de san Mateo (24), de san Marcos (4) y de san Lucas (5); once de ellas reproducen casi la letra de los sinópticos.

100-130. LA EPÍSTOLA DE BERNABÉ (probablemente no es él el autor) se refiere a documentos escritos: "sicut scriptum est". Lo que ella dice del gran número de los llamados y del pequeño número de los elegidos, de la pasión, etc., reproduce literalmente san Mateo (XX, 6; XXII, 14; XXVII, 30, 34, 48, 54). Se hallan asimismo reminiscencias de Lucas.

80-130. LA DIDACHÉ menciona nuestros libros sagrados: "Haced vuestras oraciones, vuestras limosnas, todas vuestras acciones como lo hallaréis indicado en el Evangelio de Nuestro Señor". Cita según san Mateo (Did. VIII, IX, XV) y muchos pasajes parecen combinar el texto de éste con el texto de Lucas (I; XVI).

108-118. Policarpo, obispo de Esmirna, discípulo de san Juan, alega en términos muy aproximados una vez Marcos, dos veces Lucas, ocho veces Mateo.

107-117. LAS SIETE CARTAS DE SAN IGNACIO son tenidas por perfectamente auténticas por la crítica de nuestros días. Su autor atribuye a los Evangelios la

¹ *Jesus Messie et Fils de Dieu*, p. XXI.

misma autoridad que a los libros de los Profetas; contiene alusiones a san Mateo y a san Lucas (Róm. IV, 7); (Eph. VII, 2; XIV, 2; XVII, 1; XVIII, 2); (Trall XI, 1); (Smyrn. I, 1-2); (Magn. IX, 2).

95. SAN CLEMENTE ROMANO alega tres veces Lucas y Marcos, a Mateo hasta nueve veces; enseña que "los Apóstoles son instituídos por Jesucristo predicadores del Evangelio, y que Jesucristo es enviado por Dios" (XIII, 1-2-7; XLII, 1; XLVI, 7).

* * *

"Así tenemos, concluye M. Lepin, que con la ayuda de documentos escalonados desde fines del siglo II hasta fines del siglo I, podemos seguir, por decirlo así, paso a paso la huella de nuestros evangélicos y remontar como por etapas la marcha progresiva de su difusión. Estos testimonios primitivos se esclarecen singularmente y toman su lugar significativo a la luz de la tradición tan firme y tan universal comprobada hacia los fines de siglo II".

Repárese que provienen no de simples fieles sino de hombres públicos encargados de repartir y de vigilar la doctrina, que eran responsables del grupo que gobernaban. Estos enseñan la misma doctrina de una manera continua y dependen los unos de los otros. Ireneo recibe su doctrina de Policarpo, Policarpo la recibe de san Juan; Ignacio, en los albores del siglo II, ha ya visitado diversas iglesias; todos están contestes en que el "Pastor de Hermas", el doctor anónimo a quien se le debe "la Epístola de Bernabé", el autor de la "Didaché", Clemente de Roma, han consultado muchos presbíteros discípulos de los Apóstoles. *Por ellos, pues, tocamos con los ORÍGENES mismos de los Evangelios y es una TRADICIÓN OFICIAL la que nos lo garantiza.* UNIVERSAL asimismo, puesto que se la halla extendida por doquiera, en los cuatro centros de la antigua Iglesia, en Antioquía, en Alejandría, en Efeso, en Roma, hasta sobre la silla de Pedro, y también en Galia transalpina, en Lión.

Recordemos que las comunidades cristianas particulares sostenían una gran comunicación entre ellas y comprobaban sus transmisiones orales o escritas.

Si pues ellos admitieron todos, sin réplica de parte de los herejes,¹ que los Evangelios se remontan en su origen hasta los tiempos apostólicos, los resultados de la crítica interna victoriosamente están para siempre confirmados.

Estudiemos aún más a fondo el problema y demos-tremos la segunda parte de nuestra tesis:

B.) Los sinópticos se remontan a los apóstoles mismos

San Mateo

Libro el más importante del Cristianismo,
libro el más importante que jamás se haya escrito.

Renan

CRÍTICA EXTERNA

Los textos de *Ireneo* y de *Papias*² conciernen al

¹ Fillion, o. c., p. 54. "¿No hubiera sido más sencillo y más cómodo negar, a la manera de los racionalistas contemporáneos, el origen apostólico de estos escritos, y aligerarse así, de una sola vez, de todas las objeciones? Seguramente, esto habría sido más fácil; mas la convicción que se tenía de su autenticidad era a la sazón de tal modo evidente e indiscutible, que los herejes se vieron forzados a adoptar esta conducta con respecto a los mismos."

² Papias no es el guía responsable de toda la tradición concerniente al primer evangelio: parece que ni san Ireneo, ni Orígenes, ni un poco más tarde Eusebio de Cesarea, dependen de él. De ser Papias su guía, su testimonio leído en el contexto y hallado sólido por Eusebio—quien no profesaba al autor más que una estima muy mediocre—, bastaría para convencer a los más reacios y negados. También aquí los racionalistas recurren a un subterfugio: Papias habría tomado por el original arameo de san Mateo un apócrifo, el Evangelio de los Nazarenos. Su hipótesis no resiste con todo un examen serio. Cfr. Lagrange, *Ev. selon s. Matthieu*, pp. XI a XIX. — *L'Ami du Clergé*, 20 marzo 1924, pp. 179-180.

primer ¹ evangelio en SU TEXTO ESCRITO EN ORIGINAL

1. La crítica independiente sostiene la ANTERIORIDAD DE MARCOS y alega las razones siguientes:

a) Toda la substancia de su Evangelio, excepción hecha de doce perícopes, en total sesenta y ocho versículos, hállase en los relatos de Mateo y de Lucas.

Mas "con respecto a esas perícopes que no son comunes a los tres, Lucas ha retenido siete. Si Mateo había escrito después de Marcos, ¿por qué las habría omitido todas? Y si había escrito en griego, como hay quienes lo afirman, un evangelio que, siendo de ese jefe, debía tener una larga difusión, ¿cómo es que Marcos habría escrito a su vez un relato que debía contener tan *poco de inédito*? Si, al contrario, se retienen los datos de la tradición afirmando la redacción por Mateo de un EVANGELIO ARAMEO, se comprende perfectamente que Marcos viniendo después que él haya redactado en griego la *catequesis de Pedro*, aun cuando en tal caso esta catequesis debía encerrar muy poco de inédito y, como no depende literalmente en el fondo del Mateo arameo, no hay por qué uno se maraville de que haya puesto en su evangelio tan pocos discursos". *L'Ami du Clergé*, 29 mayo 1924.

b) Los numerosos duplicados de la obra de S. Mateo, sentencias o pormenores narrativos, serían repeticiones debidas en conjunto a un defecto de memoria en el autor y a la influencia de su fuente complementaria, el texto de san Marcos.

Mas si se argumentaba así a propósito del cuarto evangelio y de san Marcos, que presentan paralelamente hartos duplicados, se debería concluir que dependen a su vez de un evangelio anterior. Y quede bien entendido que a nadie le pasa eso por las mientes. Porque avánzanse hipótesis más plausibles. El Maestro ha quizás pronunciado, en circunstancias diferentes, una máxima idéntica. O también: "El escritor sagrado había referido una palabra de Jesús en su lugar cronológico, después la habría repetido en otro sitio, en un cuadro artificial, para esclarecer y completar un cuerpo de doctrinas". (F. Prat, citado por Camerlynck; *Synopsis*, p. I.IV.) Por otra parte, un examen minucioso reduce de veinte a tres o a cuatro el número de los duplicados que evocan la intervención de Marcos; y éstos, nada empee, como lo veremos, que se les impute al traductor griego bajo la influencia evidentemente del segundo evangelio.

c) La misma causa, pretenden los racionalistas, explica las abreviaciones de san Mateo, hasta ciertas omisiones que se advierten en él en los lugares paralelos.

Mas el temperamento literario del primer evangelista y la cualidad de sus lectores justifican las Abreviaciones que se objetan. Y según la observación del P. Lagrange, las Omisiones que son más bien desplazamientos, que se refieren a sentencias separadas, no a perícopes importantes por su extensión, dependen sin duda de la catequesis oral: ella ha guiado al primer sinóptico en cuanto al agrupamiento y al emplazamiento de las sentencias, antes aún que Marcos hubiera escrito.

Por lo demás, muchas omisiones favorecen nuestra tesis. Si Mateo había escrito después de Juan-Marcos, habría tomado de él probablemente algunos pormenores sobre la primera misión de los Doce y su retorno al lado del Maestro, sobre el entusiasmo de las multitudes en derredor de Jesús, entusiasmo que contrastaba con la actitud odiosa de los jefes del pueblo, etc. Y ¿por qué habría contradicho a su predecesor, al menos en apariencia? (Matth. VIII 28, XI 9, XV 22, XV 39, XX 30, XXVI 60 — Comp. Marc. V 2, II 14, VII 26, VIII 10, X 46, XIV 57.)

d) Una y otra expresión características de S. Marcos se hallan bajo la pluma de Mateo. Mas la catequesis oral, una fuente escrita independiente, la acción del traductor griego pueden dar cuenta de este hecho. Véase la introducción y los pormenores del Comentario que tiene el P. Lagrange.

ARAMEO.¹ Lo datan entre 64-67, "cuando Pedro y Pablo predicaban la doctrina en Roma y fundaban la Iglesia"² No se posee hoy sino una TRADUCCIÓN GRIEGA, cuya gran difusión desde la más alta antigüedad y el empleo que de ella hicieron los Padres apostólicos permiten colocar su origen en una época muy atrasada, entre los años 75-85. Es substancialmente idéntica al original, porque de otra suerte — no indicamos aquí sino una prueba popular por no poder tratar con amplitud el problema sinóptico³ — de otra suerte los cristianos no le habrían ciertamente atribuido el patrocinio de san Mateo. "Lucas, confiesa Renán, no tenía sobrada celebridad para que se explotase su nombre con vistas a dar autoridad a un libro": la atribución a Pablo se imponía, al maestro cuya predicación cada uno de entre los fieles refería que acababa de ser escrita por el propio discípulo. Qué decir entonces de Mateo, apóstol de orden secundario y descolorido, quien, en el Evangelio y en la historia de la Iglesia primitiva, no jugó sino un papel muy accesorio?⁴

e) Se presenta un último argumento: La manera cómo se habla de Jesús y de los Apóstoles en los dos primeros Evangelios.

Más adelante trataremos de estos aspectos con más detención.

1. "El hebreo propiamente dicho había llegado a ser desde largo tiempo una lengua muerta para la mayor parte de los Judíos; hasta tal punto que, en las asambleas religiosas, era necesario traducir en arameo los textos sagrados que se leían".

2. Cfr. Jacquier, o. c., pp. 281-284. Camerlynck, *Synopsis* 3, p. XIII.

3. "La cuestión es difícil, árida, de una infinita complejidad: supone comparaciones de textos, cuya multiplicidad y minuciosidad cansan o atiborran al lector que no esté armado de una gran dosis de decisión y de paciencia". Huby. *Autour de la question synoptique. Recherches de science religieuse*, febrero 1924. Consagramos, sin embargo, algunas notas a sus elementos principales.

4. La Comisión Bíblica no ha declarado puramente y simplemente auténtico el texto griego de Mateo, como lo ha hecho el Concilio de Trento para con la Vulgata; ha hablado de una identidad substancial. Se puede, pues, decimos con el P. Lagrange, alegar entre el griego conocido y el arameo desconocido cuando menos tantas diferencias como hay entre los textos originales y la Vulgata. Mas, cuando se trata de determinar estas diferencias, los exégetas católicos difícilmente se ponen de acuerdo. Véase la demostración.

a) ¿El traductor habría añadido a la obra de S. Mateo pensamientos y expresiones tomadas a S. Lucas? Si se les reduce a tres (*L'Ami du Clergé*) o hasta a nueve (Lagrange) los veinte ejemplos citados por Hawkins, menester es reconocer que no es eso gran cosa para sacar una conclusión de crítica literaria tan importante. Por otra parte, ¿cómo explicar que el primer sinóptico, si ha conocido al tercero, dé una versión

Pertenece a la crítica interna darnos sobre el particular algún suplemento de luz.

CRITICA INTERNA.

Ya que san Mateo *cita* al Antiguo Testamento según el hebreo (II, 15; VIII, 17; XXVII, 9-10) y que amol-

divergente de la historia de la infancia, omita tantas enseñanzas preciosas y sitúe sobre un solo plan las dos escenas escatológicas que su "predecesor" se ha esmerado en distinguir? "Adhuc sub iudice lis est".

b) A los ojos de los racionalistas, nuestra obra griega hasta llegaría a no deber nada a S. Mateo. Combinación de dos fuentes principales: el evangelio de S. Marcos, en cuanto mira al conjunto de las narraciones, y un documento que se designa con la sigla Q (del alemán *quelle*) o al que se llama aún "Logia", y que comprende sobre todo discursos, ésta sería en realidad un trabajo original. En su comentario sobre S. Mateo, el P. Lagrange refuta la hipótesis de la *quelle* (pp. CXXXIII-CXLII); no es este el lugar de resumir aquí una argumentación que no interesa sino a los especialistas.

c) Queda la dependencia de Mateo griego con relación a S. Marcos. Hasta los críticos conservadores confiesan que se revela aquí y allí en la elección de los términos, la modificación del orden de los relatos, la añadidura de duplicados y de algunos pormenores. Según otros, tales como el P. Lagrange y M. el canónigo Camerlynck (Synopsis, p. LXXVI-LXXXIX), se debe admitir también la *inserción* de perícopes sobrado largas (Mt VIII 1-4 según Marcos I 40-41; Mt X 2-4, XII 46-50, XIII 53-58, XIV 22-27 según Marcos VI, 45-50 en parte; Mt XV 32-38, XVI 9-10 según Marcos XIII 24-27); y un recensor particularmente autorizado las aprueba, observando todavía con M. Camerlynck que defienden solamente una opinión más probable. "Su explicación, escribe M. Huby, no tiene ciertamente esta simplicidad, al primer golpe de vista seductor que tanto ha contribuido al feliz éxito de la teoría de las dos fuentes. Mas aparte de que salvaguarda ella los datos de la tradición, le ocurre en suerte el imitar mejor la plasticidad de lo real que una hipótesis rígida. La predicación cristiana en sus principios debió experimentar algunas zozobras, ensayos de escritura ejecutados con más o menos acierto, acciones y reacciones de estos esbozos unos entre otros. Pedro, el jefe de los Doce, tuvo una influencia decisiva sobre el plan general de la primera catequesis, sobre la presentación plástica de los momentos principales de la vida de Cristo. Mateo, el contador, era sumamente indicado para jugar un papel importante en la fijación por escrito de esta primera catequesis. Mas nada se opone a que la haya primero redactado por partes, antes de constituir un evangelio completo. Marcos ha podido conocer tal o cual de esos fragmentos, quizás ya traducido en griego, por ejemplo la historia de la Pasión. Por otra parte, como era tarea sobrado delicada traducir del arameo al griego el evangelio de san Mateo, es asaz verosímil que el traductor, cuya versión la ha acogido la Iglesia definitivamente, se haya inspirado en el evangelio griego de san Marcos para servirse en su trabajo de traducción y quizás entresacar de él algunos complementos accidentales. Todo ello no es cosa sencilla, se trata de una fluidez que se deja difícilmente reducir a esquemas geométricos, mas parece responder mejor al texto de san Lucas (I, 1) sobre la multiplicidad de las tentativas de historia evangélica y al testimonio de Papias sobre los ensayos de traducción del Mateo arameo, que la reducción de la literatura evangélica primitiva, a dos documentos: el evangelio de san Marcos y una Colección de Discursos".

da algunas veces al genio de esta lengua la versión de los Setenta (IV, 15-16; XII, 18-21; XIII, 35; XXI, 5); en vista de que no reproduce las profecías largamente, como nuestro espíritu se complacería en hacerlo, sino que se fija sobre todo en tenues coincidencias verbales que hace notar, a la manera de los exegetas Judíos de su tiempo, para quienes todo está en todo y sobre todo en el menor punto¹; por lo mismo que dispone los episodios y los discursos de su evangelio en grupos de tres, cinco o siete, y por usar expresiones y giros de frase tradicionales², salta a la vista que NUESTRO AUTOR PERTENECE AL PUEBLO DE ISRAEL.

SE DIRIGE A SUS CONGÉNERES. Porque, además de que no experimenta la necesidad de explicarles las locuciones "rabbi", "mammona", "gehenna", "corbona", y otras más, se permite alusiones (I, 21, XXVI, 73, que suponen el conocimiento del arameo. *Su árbol genealógico* que muestra al Salvador, hijo de Abrahán, hijo de José, descendiente de David; *su argumentación ex prophetia* que va resiguiendo, dice Mons. Battiffol, hasta llegar a una insistencia que nos choca casi, y hasta dar la impresión de que el suave y viviente relato de la vida de Jesús no es sino una serie de necesarios cumplimientos"³; *su gran cuidado de justificar la Providencia* exponiendo que los Judíos, hijos de la promesa, han ellos mismos repudiado el reino en virtud de una irreductible ceguedad;⁴ todo ello no interesa evidentemente, sino a los destinatarios penetrados de las ideas judías. Finalmente, sobrado numerosas *particularidades*: ceremonias legales (XV, 2, XXVII, 62), indicaciones geográficas (II, 1, 5, 6; IV, 13), instrucciones sobre el nombre de Haceldama que estigmatizará en

1. Battiffol. *Six leçons sur les Evangiles*, p. 47. Ejemplos en la *Revue du Clergé Français*, 1.º marzo 1920, Art. de M. Verdunoy.

2. Huby, *Saint Matthieu*, pp. 19, 20. *Action populaire*, n.º 511.

3. *Ibid.*, p. 48.

4. Zahn tiene razón en decir de Mt.: "Es una apología histórica del Nazareno y de su comunidad contra el Judaísmo." Mas menester es añadir: y una exposición luminosa de la concepción religiosa enseñada por Jesús y que tiene a Jesús por objeto. Lagrange.

adelante el campo del alfarero, etc., no son accesibles sino a los propios familiares de las cosas palestineses y hierosolimitanas.

¿Osaríamos añadir a lo dicho que el ESCRITOR PARECE RESPONDER A LAS SEÑAS DE MATEO? El hecho de que Mateo se halla colocado en la lista de los Doce, no antes de Tomás, como en los demás Sinópticos, sino después, y ello expresamente con el título de expublicano; luego, ciertos pormenores que revelan una competencia especial en materia de impuestos ((XVII 23-26, XXII 19, comparados esos lugares con Marcos XII, 15, y con Lucas XX, 24), he ahí, si no pruebas formales, a lo menos algunos índices que parecen tanto más significativos cuanto se les relaciona con el testimonio tradicional.

Finalmente, si se considera que las palabras del Cristo contra los Fariseos y los Escribas son referidas con una fuerza y una dureza que los culpables no habrían admitido en aquel momento, ellos que hicieron pagar bien caro a san Pablo su reproche de "muralla blanca" (Act. XXIII, 1-5), recibe aún nueva fuerza la concordancia del análisis crítico y de los testimonios; un nuevo rasgo se evidencia: judío de Palestina, MATEO RESUMIÓ FUERA DE SU PAÍS el Evangelio que destinaba a los judíos convertidos al cristianismo.

San Marcos

CRÍTICA EXTERNA

Tertuliano, Clemente de Alejandría, san Ireneo, "discípulo de Policarpo quien conversó con Juan y los demás testigos del Señor", garantizan la atribución a Marcos de uno de nuestros evangelios sinópticos. Una prueba absolutamente decisiva sería la suministrada por Papias, si se pudiera identificar su presbítero Juan con el último superviviente del colegio apostólico. Eusebio no ha querido admitirlo, bajo la influencia de un pre-

juicio. Mas, parece que la demostración en sentido contrario es convincente¹, y podemos admitir así el testimonio del viejo obispo de Lión.

"Los oyentes de Pedro, refiere Clemente de Alejandría, exhortaron a Marcos—quien después de largo tiempo le seguía y había conservado el recuerdo de lo que se había dicho—a escribir lo que había oído... Pedro lo supo, más no quiso intervenir ni para impedirlo ni para obligarle". Papias hizo un relato concordante. San Ireneo es no menos preciso en cuanto a las grandes líneas de la tradición. Data nuestro evangelio del "éxodo" de Pedro y de Pablo", o sea, de su muerte, ocurrida en el año 67².

Nuevamente la

CRÍTICA INTERNA

está en favor nuestro.

"El autor de una historia, observa el P. Lagrange, no es ordinariamente el que juega el papel principal, mas cuando se trate de una historia casi contemporánea de los hechos, se debe uno preguntar quien ha podido estar en estado de suministrar los informes. A propósito de Jesús, Pedro está precisamente en esa situación. La historia de la predicación del Salvador comienza exactamente con la vocación de Pedro. Desde entonces él es el compañero de todos los instantes, las primeras escenas se verifican en su ciudad y en su casa. En el relato de lo ocurrido en Jerusalén, Pedro interviene con mayor frecuencia aún que de costumbre. Tres episodios no tuvieron sino tres testigos, Pedro y los dos hijos de Zebedeo. Jaime es excluido por su martirio prematuro (Act. XII, 2), Juan no acertaría a ser el autor del relato de las repetidas negaciones, puesto que ha referido los hechos bajo un ángulo muy diferente. (Jo XVIII, 15 ss.) Queda Pedro. Si este episodio

1. *Dict. d'Ap.*, fasc. VI. Lepin. Evangelios canónicos col. 1637 a 1640. Contra: Lagrange. En todo caso, se trata de un hombre de la primera generación cristiana, de un discípulo de los apóstoles y su afirmación tiene, a partir de ahí, el mayor valor.

2. Cfr. Lagrange, o. c., pp. XXVII-XXXII.

está tomado de su catequesis, no hay razón de buscar otro origen al conjunto del relato".¹

De hecho, si uno examina con alguna fijeza nuestro Evangelio percibe que UN DISCÍPULO DEL PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES ES EL AUTOR, EL CUAL consigna principalmente los discursos de su maestro. La pesca milagrosa, la pesca del pez con estatera, la marcha sobre las aguas, *muchos pormenores en alabanza de Pedro no hallan allí cabida*; los rasgos desfavorables como el "Vade retro Satana" (VIII 32-33), la presunción (XIV 29), la timidez (XIV 54), las negaciones (XIV 66 ss.), están, por el contrario, *señaladas fuertemente*. El primer jefe de la Iglesia debió predicar así; de otra suerte, dice M. Brassac, fuera necesario suponer que nuestro Evangelio se halla compuesto por su enemigo personal².

1. *Evangile selon S. Marc.*, c. III.

2. a) Según el parecer de numerosos críticos racionalistas, Marcos habría conocido y hasta UTILIZADO la fuente común a Mateo y a Lucas a la que se denomina "Logia" o a la que se designa más comúnmente con la sigla Q.

Que haya conocido alguna colección de discursos, el tan pequeño lugar que reserva en su obra a las palabras de Jesús, nos autoriza a suponerlo con verosimilitud. Mas nos parece serían menester razones convincentes para afirmar la dependencia del primer evangelio con respecto a un documento cuya extensión, términos, y orden de los "Logia" permanecen ignorados. Y esas razones no han sido dadas. (Cfr. Lagrange, o. c., CIII-CX.)

b) "Nobis visum est, dice por otra parte M. Camerlynck, probabilia argumenta non dari quibus in hoc Evangelio varii fontes distinguerentur; opiniones vero de brevioribus et antiquioribus formis sub quibus hoc Evangelium extitisset, satis gratuite apparuerunt. Proinde ex catechesi orali maxime, et forte aliquosque ex Matthæo aramaico, Marcus Evangelium suum conscripserit." Forte... aliquosque... no es aún seguro que Marcos dependa literariamente del Mateo arameo: la disposición de los relatos y su carácter original, luego, la parte bien restringida consagrada por el primer evangelio a las enseñanzas del Maestro, motivan la reserva del sabio exégeta.

c) Como quiera que sea, Marcos es el UNICO AUTOR del segundo evangelio; el estilo de esta obra permite afirmarlo. (Cfr. el *Commentaire* del P. Lagrange, XXXIII-C.) "Se puede, concluye el Reverendo Padre, tener como enteramente cierto que Mc está exento de hebraísmos derivados de un texto hebreo. Los pocos giros más hebreos que arameos que contiene se explican suficientemente por el conocimiento de los Setenta, giros que la versión griega había hecho corrientes entre los Judíos que hablaban la lengua griega. Se puede aún tener como cierto que el segundo evangelio no es la traducción de un texto arameo. Aquí el campo es muy dilatado. En particular el empleo inteligente de las preposiciones y de las formas verbales excluye la hipótesis de una traducción literal. Se debe solamente reservar la posibilidad de que Mc haya consultado documentos arameos..."

Y si se quiere nuevas pruebas, que se lean comparativamente ciertas escenas comunes en los Sinópticos (Marc. XIV, 66-72, Matth XXVI 69-75, Luc. XXII, 56-62; Marc. XV, 42-47, XVI, 1-8, Matth. XXII, 57 a XXIII, 8, Luc. XXIII, 50, a XXIV, 10). En el texto de Marcos, aún más que en el de los otros dos, la vida se desborda, cada gesto está allí traducido, los movimientos y las actitudes están tomadas de la realidad (se diría de un cinematógrafo que proyecta sus films): todo revela un relato de un testigo ocular, el relato de un familiar del Cristo.

Pero el autor que reunió y transcribió esos acontecimientos o esas palabras del Cristo, nuestro Evangelista SE DIRIGE EVIDENTEMENTE A PAGANOS CONVERTIDOS, aparentemente a GENTES ROMANAS. De dirigirse a los Judíos ¿explicaría el sentido de la Preparación, la costumbre de las abluciones legales, la esterilidad en el mes de abril de la higuera que Jesús maldijo, las creencias y las costumbres de las sectas palestinianas? Tampoco traduciría por lo demás los términos arameos que aplica al Salvador: "Boanerges", "talitha cumi", "corban", "ephpheta", "Bartimeo", "Abba", "Eloi, Eloi, lamma sabachtani".

¿A quién habla, pues? Observemos que distintos latinismos se hallan esparcidos por su texto: "spiculator", "centurio", "sextarius", "satisfacere", "in extremis esse",¹ y otros más recogidos por el P. Lagrange;² y un equivalente latino sigue de ordinario a las palabras griegas citadas por su valor técnico: λεπτά valen un "quadrans", ἀὐλή significa pretorio, etc., etcétera. (V 23, VI 27, VII 4, XII 42, XV 15-16-39-44-45). La cuestión quedaría dilucidada sin dificultad si el escritor se dirigía a los fieles de Roma y componía su obra en la ciudad eterna, como ciertos detalles nos lo hacen su-

1. *Manuel Biblique*, t. III, p. 85.

2. El latín era la lengua de la administración y del ejército en todo el mundo romano, de suerte que muchas palabras citadas sugieren la conclusión mejor que no la prestan apoyo. Otros ejemplos parecen probatorios.

poner. Simón de Cyrene, dice, es el padre de Alejandro y de Rufo, personajes conocidos de los destinatarios del libro. Mas, precisamente, un Rufo habitaba la capital del Imperio, puesto que san Pablo, escribiendo a los Romanos, le envía un saludo particular. El apóstol no había podido conocerle en Roma, donde no se había encontrado nunca; los lazos íntimos que le estrechaban con ese cristiano: "et matrem, ejus et meam" (Rom. XVI 13), no podía haberlos contraído sino en Palestina. A primera vista, la identidad del hijo de Simón de Cyrene con el amigo de Pablo viene a ser en realidad de verdad lo menos probable, y los Latinos que le rodean son romanos, perfectamente.

Una última particularidad, que el examen interno descubre, confirma aún más esos datos tradicionales. NUESTRO SINÓPTICO DEBE SER UN JUDÍO DE JERUSALÉN. Sin insistir sobre algunos hebraísmos y diversos giros arameos que salen de su pluma y que los filólogos han estudiado mucho,¹ invocamos la cita en la lengua original de ciertas palabras del Cristo y las descripciones muy circunstanciadas de usajes específicamente judaicos.

Y luego, que se lea de nuevo *el relato del aprisionamiento* del divino Maestro en Jerusalén. "Ciertamente mancebo le iba siguiendo envuelto solamente con una sábana, y fué detenido. Mas él, soltando la sábana, desnudo se escapó (XIV 51-52)". El mayor número de los intérpretes ven con razón, en el detalle de que se trata, un pequeño episodio estrictamente histórico. El evangelista debe tener sobre este punto referencias personales: parece conocer de sobras al joven que pone en escena; como sin embargo no le nombra, los críticos concluyen que ese mancebo no se distingue de él mismo.² Mas si ello es así, el segundo evangelista se hallaba por

1. Lagrange, o. c. Introducción. Jacquier, o. c., p. 422.

2. "Según Holzman, este pequeño relato, descuidado por Lc y por Mt, es como el monograma del artista que rubrica su obra, y J. Weiss ha comparado esta alusión a la del cuarto evangelio del discípulo a quien Jesús amaba. Se puede aceptar esta opinión, con la condición de no tenerla por cierta." Lagrange.

lo tanto en Jerusalén en el tiempo de la Pasión y todo hace creer que tenía allí su residencia”¹

Se identifica entonces, verosímelmente, con Juan del que hablan los Hechos (XII, 12) el cual según la moda judía, llevaba asimismo un nombre romano.² Le volvemos a hallar a continuación cerca de Bernabé en Chipre (Hechos, XV 39), con Pablo en Roma hacia el año 62-64 (Col. IV 10), lo que explicaría algunas locuciones paulinistas³ — finalmente, siempre en Roma, a uno y otro lado de Pedro que le llama su hijo (I Petr. V 13).

San Lucas

El más hermoso libro que existe.
E. Renan

Scriba mansuetudinis Christi.
Dante

CRÍTICA EXTERNA

Clemente de Alejandría, Ireneo, Tertuliano, el Canon de Muratori son aquí los testimonios de una tradición que manifiesta su firmeza desde la primera mitad del siglo segundo.

No se sabe muy bien donde el gran viajante que era Lucas compuso su evangelio. La fecha, sin embargo, nos es conocida. Esta obra es anterior a los “Hechos”: “primum quidem sermonem feci, o Theophile, de omnibus quæ cepit Jesus facere et docere”... Ahora bien,

1. Lepin, o. c., col. 1.625.

2. Pocas personas dudan aún que Juan sea el mismo personaje que Marcos... Este nombre de Marcos es, por otra parte, muy raro entre los Judíos que se puede con facilidad suponer dos Marcos en el Evangelio. Lagrange.

3. Mangelot. *Les Evangiles Synoptiques*, pp. 363-435: “Por mí, todas las cosas bien consideradas, reduciría al mínimum el paulinismo de Marcos, y le reconocería en el empleo de ciertos términos sobre los que no cupiera duda de que son específicamente paulinianos, antes que no en la elección de las doctrinas.” Lagrange. *Commentaire*, p. CXL: “Nadie ha señalado aproximaciones características entre el estilo de Marcos y el estilo de Pablo, por ejemplo en la sintaxis. No se puede decir de frase alguna que se inspire directamente en una frase de Pablo.”

los "Hechos" refieren una historia anterior a la primera persecución, porque en ninguna parte el nombre cristiano parece ser el blanco de la hostilidad de los magistrados romanos (XVI 35-39, XVIII 12-17, XXIV 22-27, XXV 1-5); y como concluye antes de su remate natural, la muerte de Pablo, su héroe, es necesario situarla, lo confiesa M. Harnack, "quizás ya en los principios de los años 60 y siguientes".¹

CRÍTICA INTERNA

EL AUTOR ES UN DISCÍPULO DE SAN PABLO. A ejemplo del gran Apóstol, manifiesta una benevolencia particular para con los Gentiles. Substituye los términos arameos por palabras griegas; dirá por ejemplo "Gloria en las alturas" mejor que "hosanna", διδάσκαλε ὁ ἐπιστάτα ὁ κύριε con preferencia a "Rabbi", Κρανιον por Golgotha".² No es que haya en su pluma muchas alusiones detalladas a la antigua Ley; mientras que, en desquite, menudean no poco diversas explicaciones sobre las ciudades palestinianas y las costumbres judías: "la montaña llamada de los olivos"; "Nazaret y Cafarnaum se hallan en Galilea"; "sesenta estadios separan Emmaüs de Jerusalén", "la Pascua debe ser inmolada el día de los Azimos", etc. (XIX, 29; I, 26; IV, 31; XXIV, 13; XXII, 1, 7). Y lo que es mejor todavía. El autor hace resaltar aquellas verdades evangélicas que pueden atraer a los paganos. No los parangona con los hijos de Dios, como lo había hecho el primer evangelio (V, 47),—al contrario; les espera un lugar en la familia espiritual del Cristo, cuya genealogía no se ciñe

1. *Die Apostelgeschichte*, p. 221.—Esta cuestión de fecha es importante, puesto que la historicidad del relato va envuelta en ella. Así es que los racionalistas, a la una, retrasan la composición del tercer evangelio hasta la época en que Lucas no podía ya interrogar a los testigos inmediatos. Mas queda patente a la luz del día la inanidad de sus pretextos (Cfr. Lagrange, pp. XXIV-XXVII, XCIV-XCVI, 527 ss. Rose, pp. X-XI) y las pruebas positivas que indicamos (véase los pormenores ibid pp. XX-XXVII) establecen sólidamente la opinión tradicional.

2. Jacquier, op. cit., 488. Comparad también Lucas (VIII, 54) con Marcos (V, 41); Lucas (XVIII, 41) con Marcos (X, 51); Lucas (XXII, 42) con Marcos (XIV, 36); Lucas (XXII, 32) con Marcos (XV, 22).

por otra parte a Abraham, el centro común de los Hebreos, sino que asciende hasta el padre común de la humanidad, Adán (XVII 11-19); los ángeles de Belén anuncian su mensaje a los hombres de buena voluntad, indistintamente (II 14); y ¿qué es pues el cristianismo en sí mismo sino el anuncio de la salud que Dios dirige a todas las naciones, comenzando por Jerusalén (XXIV, 46-47)?

Esta doctrina, el carácter universal del Cristianismo, la hallamos expresada indudablemente en Mateo (XXVIII 19, XXI 33-46) y en Marcos (XIII 10 XII 1-12).¹ Lucas, sin embargo, la inculca con una insistencia semejante a la que ha valido a Pablo el título de "Apóstol de las naciones". Paganos y pecadores ocupan el primer campo de su visión. El emocionante episodio de la pecadora que unge los pies del Maestro (XII 37-50), la parábola del buen samaritano (X 30-37), y la del hijo pródigo (XV 11-32), el testimonio dado a un leproso del pueblo de Samaria (XVII 16), la promesa dirigida por Jesús crucificado al ladrón arrepentido (XXIII 43), atestiguan por doquiera esa tendencia "pauliniana".

Además de la semejanza de fondo,² se averiguan

1. Cfr. Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús*.

2. El autor no ha recibido, sin embargo, de Pablo lo esencial de lo que refiere. II 19-51 lo insinúa, y M. Harnack lo reconoce con muchos católicos: Lucas o aquellos a quienes ha interrogado han recogido sobre algunos puntos los recuerdos de la Virgen María. Entre los numerosos testigos que reclama a su favor (I 1-4) menester es sin duda nombrar también a Juana, mujer de Chouza, procurador de Herodes (VIII 2), Manaen, hermano carnal del célebre tirano (Hechos, XIII 1), el diácono Felipe (Hechos, VIII 5 ss.), los discípulos de Emmaüs y quizás el apóstol S. Juan (Lus. IX 54, XXII 8). Mas se agita ásperamente la cuestión para saber si ha consultado a los dos primeros sinópticos.

Lo parecido del *estilo* en los discursos comunes a Marcos y a Lucas, los duplicados, y sobre todo, el paralelismo estricto en la continuación de las perícopes, hacen admitir a la mayor parte de los críticos una dependencia literaria del segundo con respecto al primero (Lagrange, pp. XLVIII-LXVIII). Otros se mantienen reservados o conceden que, a lo menos, la catequesis romana de Pedro ha podido guiar a nuestro evangelista.

¿Habría éste, como lo cree el P. Lagrange, utilizado además *EXTRACTOS DE LA CATEQUESIS ARAMEA DE S. MATEO*, ya traducidos en griego, substancialmente idénticos en cuanto al orden y al contenido a aquellos que reproduce al presente el evangelio canónico? M. Camerlynck (Sinopsis, p. LXXV) lo juzga sobrado probable: *probabilis visa est dependentia. L'Ami du Clergé* (1922, p. 322, 1924, p. 340) adelanta una hipó-

entre el tercer sinóptico y las "Epístolas" muchas semejanzas de forma: un cierto número de expresiones les son propias; ¹ contienen miembros de frase casi idénticos.²

Esto nos basta. "¿El autor de los "Hechos" no sería un discípulo del Apóstol? exclama M. Harnack, el cual pregunta: ¿Quién sino una persona que conociese personalmente a Pablo podía darnos de él una pintura cual la hallamos en ese libro? A principios del siglo segundo, era posible que un admirador del Apóstol se hallara en estado de escribir un relato tan concreto y de evitar, por otra parte, su panegírico?" ³

ESE AUTOR HA SIDO HASTA COMPAÑERO DE PABLO EN SUS MISIONES, porque los "Hechos" son igualmente su obra. Las dos dedicaciones y los dos prólogos lo insinúan, las relaciones tan particulares de la doctrina y del estilo lo establecen; y por otra parte los críticos están en ello de acuerdo unánimamente. (Comparad Luc. I, 1 y Hechos XV, 24-25; Luc. I, 39 y Hechos I, 15; Luc. I, 66 y Hechos XI, 21; Luc. III, 10, 12, 14 y Hechos II, 37; Luc. XII, 14 y Hechos VII, 27; Luc. XV, 20 y Hechos XX, 37; Luc. XXIV, 19 y Hechos VII, 22).

El redactor de los "Hechos" ha tomado parte sin ninguna duda en los viajes del primer misionero de los

tesis que no le parece plenamente satisfactoria, es verdad, más que el P. Huby sugiere a su vez. "Prefiriríamos, de nuestra parte, sobre este punto especial de relaciones entre Mateo y Lucas, suponer fuentes escritas independientes, presentando entre ellas de una vez un número de diferencias accidentales por cuanto hubieron de verse adaptadas a diversos medios, y de estrechas afinidades por lo mismo que salidas de una misma catequesis primitiva y fijando partes más o menos considerables de la predicación apostólica. La influencia de la catequesis aramea de S. Mateo, de los ensayos de traducción griega de estas catequesis, dejábase sentir no directamente sobre S. Lucas mismo, sino más bien sobre los documentos de que se sirvió. Estos documentos habrían experimentado antes de él una cierta adaptación a los medios helenistas, por la eliminación de los rasgos que eran de un color enteramente judío: así esta atenuación, de color palestinese que los críticos han notado en el tercer Evangelio, no sería atribuible a S. Lucas solo, sino, por una parte también, a aquellos que le han precedido y cuyos escritos ha utilizado." *Recherches de science religieuse*, febrero 1924, p. 88.

1. Hawkins establece que el vocabulario de Lucas tiene más palabras comunes, en su solo evangelio, con el vocabulario de Pablo, que los otros tres reunidos: 89, contra $29+20+17=66$.

2. Jacquier, o. c., p. 462-463. Lepin, o. c., col. 1.648.

3. *Lukas der Artz*, p. 99.

Gentiles. En tres momentos, habla en plural y dice “nosotros”, cuando Pablo llega a Troas y vuelve a Filipo (XVI, 10-17); cuando, después de haber predicado a la gente de Atenas, de Corinto, de Antioquía y de Efeso, retorna a Macedonia, en donde el escritor de los “wirstücken”, parece permaneció, y parte con él para 1-18); después, finalmente, durante la navegación hacia Cos, Rodas, Patara, Tiro, Cesárea y Jerusalén (XXI, Roma y el invernial en Malta (XXVII, 1-XXVIII, 16). Y el personaje misterioso que se designa con la palabra “nosotros” es el autor mismo del libro. La perfecta semejanza de la forma y del fondo nos permiten afirmarlo. Aparte de los diversos procedimientos literarios característicos,¹ M. Harnack ha contado entre los “wirstüchen” 63 palabras que le son comunes con el resto de los “Hechos”, 44 con el resto de los “Hechos” y el tercer evangelio, y que no se encuentran en los otros sinópticos... “Un sólo espíritu y una sola mano concluye... En esta obra de arte... el autor ha producido algo de único y de imperecedero”...²

Queda una última particularidad por establecer: según el célebre canon de Muratori, NUESTRO EVANGELISTA ERA MÉDICO. Que poseyó una cultura intelectual bien desarrollada, la frase clásica del prólogo, un vocabulario asaz rico³, el uso de los substantivos y de los verbos compuestos lo demuestran suficientemente; y no menos, es cierto, el esmero de indicar su fin y sus fuentes, de relacionar su relato con la historia profana y de desenvolverlo en la medida posible dentro del orden cronológico. Mas ¿cómo reconocer ahí un discípulo de Hipócrates? Aun cuando la mayor parte de los términos que han sido calificados de medicale son palabras de la lengua ordinaria—pues como lo hace notar el P. Lagran-

1. Lepin in *Dict. Ap.*, col. 1.650 n.º 108.

2. Op. cit., p. 102-103.

| 3. Número de palabras | Palabras diferentes | Palabras particulares |
|-----------------------|---------------------|-----------------------|
| Lucas 35,239 | 2,697 | 715 |
| Mateo 17,921 | 1,542 | 411 |
| Marcos 10,720 | 1,529 | 77 |

ge, los médicos griegos no tenían un lenguaje especial— la fisonomía de los acontecimientos referidos le descubre a nuestros ojos. El tercer sinóptico *se fija extraordinariamente en las cosas medicales*. Solo él menciona la curación de Mateo (XXII 51); él únicamente cita el proverbio “Medice, cura teipsum” (IV 23). Por otra parte, cuando describe la pesadez que ocasionan la comida y la bebida (XX 34), la parálisis (V 18), la detención del flujo de sangre (VIII 4), da pruebas de *una precisión del todo profesional*.¹

Si, pues, se comparan las conclusiones críticas con los hechos tradicionales, el autor de nuestro evangelio es Lucas, Lucas, el médico carísimo, el compañero de Pablo entre los Colosenses (Col. IV 4), más tarde su consolador durante sus dos cautividades (Phil. V 24, II Tim. IV II).

* * *

Por cuanto, si de una parte, desde la más remota antigüedad, hasta llegar a las épocas vecinas a la aparición de los Sinópticos, TODOS LOS TESTIMONIOS garantizan su atribución a s. Lucas, a s. Marcos y a s. Mateo, apóstol o discípulos de los apóstoles; y por cuanto, si de otra, estudiando esos libros, se descubren CIERTAS SEÑALES MANIFIESTAS de que son del tiempo, del país y del autor a los cuales la unánime, la constante, la oficial, aserción les atribuye, podemos considerar nuestra tesis como sólidamente establecida: sí,

**LOS EVANGELIOS
TIENEN UN ORIGEN APOSTOLICO;
PUEDEN
REPRODUCIR LA CREENCIA PRIMITIVA
Y LA TRADICION ORIGINAL.**

Véase más adelante *Los Hechos de los Apóstoles*.

Por lo demás, la crítica independiente se complace en confesarlo. Si no proclama siempre con Harnack—aparte de los episodios que rechaza: “entre los años 30-70, y sobre el suelo de Palestina, más especialmente en Jerusalén, todo cuanto había florecido existía después, y existía formado,¹ reconoce ella en favor de los Sinópticos, por lo menos, una autenticidad parcial considerable, y constreñida por la evidencia, coloca su composición antes del fin del primer siglo.

Es necesario ahora probar un último hecho, que se relaciona con la cuestión de autenticidad y que es, hasta cierto punto, su complemento obligatorio:

C.) Nuestros sinópticos reproducen en substancia el texto original

Historia del texto

Que los Sinópticos reproduzcan en substancia el texto original, a primera vista, parece improbable, porque LOS LIBROS ORIGINALES de Mateo, de Marcos y de Lucas han sufrido la suerte de los innumerables manuscritos de la literatura profana. Al contacto del aire de las manos, el pápiro—sobre el cual estaban escritos de un solo lado, en largas cintas que podían llegar hasta a 10. metros—el pápiro se disgrega y, a no tardar, se desmenuza: la biblioteca de Pánfilo, refiere san Jerónimo, debió ser renovada al cabo de un siglo.

Las copias sufrieron un semejante infortunio hasta la vulgarización del pergamino.² Hasta entonces desafiaron los estragos del tiempo. De suerte, que poseemos hoy 2.300 volúmenes que contienen las Escrituras. Los monjes del Athos conservan 559, Italia 424, Inglaterra 309, Francia 244, Rusia 116, Alemania 79, Austria-Hungría 44, América 11; hasta la Nueva Ze-

1. *Lukas der Artz*, p. IV.

2. En el siglo primero, el pergamino no era empleado de una manera general, sino para las notas o bien aún en hojas sueltas.

landa se enorgullece con un manuscrito del Nuevo Testamento. El más antiguo, el *Codex Vaticanus*, data del 350. El *Sinaítico* descubierto por Tischendorf, y que se halla en San Petersburgo, parece ser su contemporáneo, el *Alexandrinus*, que tiene un siglo menos, está en el Museo británico, y el *Regius* o *Codex Ephræmi rescriptus* en la Biblioteca Nacional de París.

LAS TRADUCCIONES nos llevan de la mano hasta el siglo tercero y el siglo segundo. Ved ahí, en lengua siríaca, la *Peschito* y la *Sinaítica*, esta última hallada en el monte Sinaí por dos damas inglesas, Ms. Levis y su hermana; ahí están las versiones egipcias, *Sahidica*, *Boháirica*, *Fayonmianna*, *Akhminiana*; ahí tenéis finalmente la *Itala*, anterior al año 150.

Las CITAS que abundan en los antiguos escritores eclesiásticos—Lagarde ha contado 29.000 textos del Nuevo Testamento en los escritos de san Agustín—nos acercan más y más a los orígenes.

San Ireneo, discípulo de Policarpo, obispo conservador y tradicionalista, como el que más, cita los Evangelios un centenar de veces, desafiando a los gnósticos Marción, Valentín, Basíledes—140-160—a que osen poner mácula en sus enseñanzas.

El filósofo ateniense *Arístides* en una súplica al emperador Antonino—140-145—reivindica el celestial origen de Jesús, y cita el nacimiento virginal, el ministerio de la predicación, la elección de los apóstoles, la crucifixión, la resurrección, la ascensión, la misión apostólica.

San Justino — 120-140 — relata la historia de los Magos, el degüello de los Inocentes, la huída a Egipto, el bautismo en el Jordán, la triple tentación, muchos milagros, la muerte del Bautista, el anuncio de la resurrección, las disputas del Cristo con los Fariseos, la pasión, las apariciones de Jesús resucitado, la subida a los cielos; nota también que las “Memorias de los Apóstoles” son leídas, como el Antiguo Testamento, por doquiera donde se ha hallado en sus viajes.

Hacia esta época, las citas del gnóstico *Basilides*—120-125—se armonizan con nuestros textos; lo mismo ocurre con el célebre fragmento de Papias.

Remontémonos aún más en los primitivos tiempos del Cristianismo.

“Las obras de nuestro Salvador fueron públicas, escribe *Quadratus* al César Adriano—117-138; entre los que le vieron curar enfermos o resucitar muertos, muchos vivieron largo tiempo después de él, algunos hasta este día...”

En las nobles cartas que precedieron a su martirio *san Ignacio de Antioquía* recuerda los rasgos principales de la vida del Salvador, cita nuestros Sinópticos, bien palabra por palabra, bien según el sentido, siempre exactamente.

Hacia el año 100, el autor de la *Didaché* utiliza a Mateo y a Lucas.

Clemente de Roma, finalmente—95—alega nueve veces la versión griega del primer evangelio, tres veces el segundo y otras tantas veces el tercero.

Tales son los principales documentos de que dispone hoy la crítica textual.¹

VALOR DEL TEXTO

A) Lo hemos dicho ya: las investigaciones de la crítica textual no puede tratar del TEXTO DE LOS SINÓPTICOS sino a partir del momento en que está citado, con abundancia y garantías suficientes de exactitud literal, por los escritores eclesiásticos, es decir, HACIA EL FIN DEL SIGLO SEGUNDO. Ellas comprueban ahí, a pesar de variaciones accidentales muy numerosas, una substancial concordancia en el fondo.

¿A qué viene el extrañarse ante esas variaciones accidentales en libros mil y mil veces copiados? No pocos copistas, elegidos con frecuencia entre los esclavos, carecían de cultura suficiente. Aún los mejores es-

1. Klug. *Gods Zoon en Gods Woord*.

taban sujetos totalmente, como los tipógrafos de hoy día, a las deficiencias humanas. Si reproducen directamente un manuscrito, la confusión visual les ocasiona torcidos cambios: por ejemplo: *χρειαις* = necesidades se convertía en *μνειαίς* — recuerdos; si escribían al dictado, sus oídos se engañaban con las asonancias, y *κένω* = vacío, reemplazaba a *καινω* = nuevo; la fatiga o la negligencia les exponía aún a desnaturalizar frases de las que ninguna puntuación separaba las palabras, a desfigurar aquí y allí un término al que ningún acento distinguía.¹ Y luego, pudo haber herejes, quienes, solapadamente, solicitasen un pasaje en provecho de su interpretación; buenos cristianos influenciados por la zozobra dogmática, aun, con la mejor voluntad del mundo, por un prejuicio personal; almas delicadas que soportaban de mal talante pretendidas inexactitudes, un solecismo, un barbarismo. Finalmente—cosa digna de tenerse en cuenta —, las copias que se encargaban a los particulares escapaban más adelante a la vigilancia; y, precisamente, son esas copias las que pudieron ser salvadas en tiempo de las persecuciones, porque las de las iglesias fueron entonces destruidas.

En una palabra, se cuentan cerca de 30,000 variantes;² y un exégeta conservador, M. Vigouroux, osa decir que, si comparaba todos los manuscritos, todas las versiones y todas las citas esparcidas entre las obras de los Padres, el crítico contaría tal vez hasta 200,000.

¿Debe este hecho perturbar la confianza del lector?

Sólo pueden esperarlo y afirmarlo, los ilusionistas del libre pensamiento primario, los Homais que juegan con esas cifras y se guardan cuidadosamente de explicarlas. Mas al consultar las ediciones críticas, la inquietud se

1. Brassac, op. cit., fig. 5-6-7.

2. Las perícopes más importantes: la cláusula de S. Marcos (XVI 9-20), el episodio del sudor sanguinolento (Luc. XXII 43-44), la fórmula trinitaria del bautismo (Matth. XXVIII 19), la atribución del Magnificat a María (Luc. I 46) no entran en nuestra demostración. Los espíritus curiosos hallarán la documentación que deseen sobre el particular en las obras de exégetas bien conocidos, MM. Lepin, o. c., col. 1.616 a 1.623, Jacquier, o. c., t. II, pp. 507-508, Lagrange. *Commentaires.*

calma; se ve que las variantes afectan casi siempre muy menudos detalles: inversiones o transposiciones de palabras o de frases, modificaciones introducidas en la ortografía, mejoramientos de la sintaxis o del estilo, no se trata, en efecto, de otra cosa. Las adiciones, las supresiones, las correcciones tendenciosas son raras y de ordinario, de fácil reconocer. Según el testimonio de un especialista, M. Hort, apenas forman la milésima parte del Nuevo Testamento todo entero;¹ no llegarían a alterar la CONCORDANCIA SUBSTANCIAL de los Sinópticos.

Insistimos sobre la prueba: es formal, de orden positivo, al alcancé de cada uno. Después que diversos sabios—acatólicos la mayor parte, y principalmente M. M. Tischendorf, Westcott, B. Weis, Nestle, Brandscheid y von Soden—han establecido las “Lecciones primitivas” y publicado sus ediciones críticas, podemos hacer un paralelo, por una parte entre esos textos tan reputados, y por otra, entre el texto aceptado por la Iglesia o nuestra Vulgata latina: pues, los pasajes cuya autenticidad es dudosa o que han sufrido una modificación de alguna importancia son verdaderamente raros; ninguno de ellos interesa a la fe. “Tan cierto es ello, dice M. Duplessy, que el estudio de las variantes, lejos de probar una alteración de los Evangelios, establece una vez más, el profundo respeto que tenían por ellos los primeros fieles.”

B) Y he aquí una garantía que comprende y ampara asimismo nuestros documentos anteriores al año 95, aquellos mismos a los que no alcanza la crítica textual.

¿Por qué los copistas de entonces habrían querido alterar las sagradas Escrituras? Su veneración era grande hacia la divina palabra, el Verbo escrito, que llegaban hasta a comparar con el Verbo sacramentado, con el cuerpo adorable del Señor. San Agustín predicará, mu-

1. Prefacio de la edición del N. T. griego hecha en colaboración con Westcott: solamente 1/8 del texto total, dice, llama la atención del crítico; solamente 1/70 si se dejan al margen las cuestiones de ortografía y las menudencias; solamente 1/1000 si se considera la substancia.

cho tiempo después, esta doctrina—extraña quizás al gusto del siglo xx: “non minus ergo reus erit qui verbum Dei perperam audierit quam qui corpus Christi in terram cadere sua negligentia præsumpsit”.¹

Por ella venimos en conocimiento de la mentalidad de los primitivos cristianos. Llevaban consigo también el texto evangélico, lo sabían de memoria, lo hacían poner sobre su tumba. Nada dificultaba su culto, Renán mismo lo dejó observado. “No se vió jamás mejor la honestidad de la Iglesia, escribe. Es imposible que algunas contradicciones de los Evangelios no hayan desde entonces sido advertidas... Se prefiere, sin embargo, exponerse, en lo que al porvenir se refiere, a las objeciones que no condenar, suprimiéndoles o modificándoles, los libros inspirados por Dios.”

Se comprende, pues, que las alteraciones no habrían podido efectuarse. En aquella época, los manuscritos no estaban confiados sino a escribas de profesión. Los obispos los contrataban, y sabido es con cuanta solicitud velaban sobre el depósito de la fe confiado a su cuidado (I Cor. I 11, IV 21; I Tim. V 22; II Tim. II 2, 15; Gal. I. 8, III 1.). Amigos y enemigos velaban, por otra parte, sobre el particular, testimonios inmediatos o discípulos de los apóstoles, cuya susceptibilidad doctrinal igualaba, por lo menos, la de los cristianos que debían, más adelante, reprobar a cierto obispo Tryfyo, narrando la curación del paralítico, el substituir la palabra “lecho” por la palabra “grabatum” que parecía trivial; quienes otra vez se amotinaron porque una traducción nueva del Antiguo Testamento había reemplazado por “hedera”, yedra, “cucurbita”, calabaza; y que construyeron a un sabio como san Jerónimo a no admitir en su versión del “Pentateuco”, de los “Profetas” y de los “Hagiógrafos” sino simples correcciones gramaticales. Finalmente, es necesario no olvidarlo jamás, el gran número de copias existente al final del siglo primero

1. Aquel que recibe en vano la palabra de Dios no es menos culpable que aquel que, por negligencia, deja caer al suelo el cuerpo de Cristo.

hacia el fraude ineficaz: so pena de ser la impostura desenvuelta, hubiera sido necesario retocarlas todas, y existían cerca de tres mil diseminadas por el universo católico! ¹

«Podemos, pues, dice H. J. Cladder, tener una firme confianza científicamente fundada, de que en el texto actual, impreso, de nuestros Evangelios, no obstante las vicisitudes de la historia de su transformación, poseemos fielmente, en sustancia, el texto que hace diez y ocho siglos y medio nuestros evangelistas confiaron al mundo mediante sus rollos de papiro.»²

* * *

Así, la verdad triunfa; la Tradición y la imparcial Crítica se dan las manos.

1.) El texto de los Sinópticos no ha sufrido a través de los siglos ninguna modificación sustancial, y salvo ligeros cambios, de orden accesorio, nos ha sido transmitido en su forma original y auténtica.

2.) Mas ese mismo texto se remonta a los tiempos apostólicos, y lo que es más, sus orígenes palestinoses y hierosolimitanos están hoy determinados.

3.) Y aun lo que es mucho mejor, este texto se confunde con el de los apóstoles mismos.

Excepción hecha de los fragmentos que rechaza por

1. Lagrange, *Le sens du christianisme*, p. 18: "Los libros no han cambiado, lo sabemos por la crítica textual. ¿Cómo suponer que los primeros cristianos hayan reverenciado libros que contenían una doctrina contraria a la que profesaban los Apóstoles? No hay dos Evangelios, decía S. Pablo. Si yo, si un ángel del cielo venía a predicaros otro evangelio, que sea anatema (Gal. 18). Los Gálatas han faltado dejándose seducir. Mas el Apóstol estaba alerta y las cristiandades, muy atentas a las cuestiones religiosas, se vigilaban mutuamente e iban a la una. Recordad cómo el punto de las observancias judaicas fué sometido al examen de una reunión plenaria en Jerusalén (Act. XV). ¿Esta fe más bien susceptible que indiferente, habría recibido como la palabra de Cristo escritos contrarios a lo que les habían enseñado los Padres de esta fe?"

2. *Unsere Evangelien*, I p. 23, citado por L. de Grandmaison.

prejuicio,¹ M. Harnack lo confiesa sin ambages. "Entre los años 30-70, y en el suelo de Palestina, más especialmente en Jerusalén, todo lo que se desarrolló después existió, y existía ya fijado."²

Fusionemos ahora con esa confesión el aviso de Strauss. "La historia evangélica, decía en 1835, sería inatacable, si era constante que fué escrita por testigos oculares o, por lo menos, por hombres vecinos a los acontecimientos." Ahora bien, eso es un hecho. No queremos, sin embargo, cantar victoria. Concluimos simplemente que **Mateo, Marcos y Lucas, se hallaban muy bien situados para referir los dichos y hechos del Señor como los relataban los apóstoles y como los habían retenido los oyentes y los espectadores contemporáneos.**

Podían hacerlo, ¿pero lo han hecho? Eso es lo que con toda diligencia es necesario ahora investigar.

B

Historicidad de los Sinópticos

Dos cosas es preciso demostrar: 1.º) la sinceridad de los autores, su cuidado en decir lealmente la verdad; luego, 2.º) y sobre todo, el carácter objetivo de los relatos que nos ofrecen.

1. "Tenemos ante nosotros a la crítica racionalista, que no quiere admitir el milagro. Ahora bien, los Evangelios están llenos de relatos milagrosos. ¿Qué deberían hacer, ante esta ocurrencia, los críticos verdaderamente y sabiamente críticos? Deberían examinar si los hechos son exactamente referidos, y venir a dar como conclusión de su verdad en la posibilidad del milagro... Y es la marcha inversa la que siguen: comienzan por negar el milagro, y de esta imposibilidad, que afirman por su cuenta, deducen error histórico en los Evangelios.

La posición de los críticos, en esta circunstancia, es exactamente la misma que la de un sabio que habría negado, hace veinte años, la posibilidad del "más pesado que el aire", y que se obstinaria en no querer nunca ver volar un aeroplano. "No hay avión que valga, diría, puesto que el avión es imposible." Bastaría con responderle: "El avión es posible, puesto que existe." Duplessy. *L'autorité des évangiles*, p. 49.

2. *Lukas der Artz*. Que se nos excuse el repetir este texto. Entre los hombres competentes, todos, aún los más radicales, reconocen hoy en nuestros tres sinópticos, por lo menos, una autoridad parcial, considerable; están unánimes en colocar su composición antes del final del la izquierda no se obstinarán ya por mucho tiempo en hacer descender estos libros después de la ruina de Jerusalén en el año 70.

I

La buena fe de los Sinópticos

“Hubo un tiempo, y el gran público está aún en esa fecha, escribe M. Harnack, en que se creía deber considerar la más antigua literatura cristiana, comprendiendo en ella el Nuevo Testamento, como un tejido de artimañas y de falsificaciones. Ese tiempo ha pasado. Para la ciencia, ello ha sido un episodio en que ha tenido mucho que aprender, y después de él, mucho que olvidar.”¹ — Y puesto que los mismos racionalistas convienen así sobre el particular, nos será permitido abordar sin tardanza el segundo problema, el problema capital; más, deseando ofrecer a nuestros lectores una demostración completa, iremos disponiendo algunas pruebas a base del teorema clásico: Lucas, Marcos y Mateo no quisieron engañar a sus lectores.

Los Sinópticos no quisieron engañar a nadie.

CRÍTICA EXTERNA

Hablando con una seriedad persuasiva, por su candidez, y con una gravedad profunda que muestra la importancia que dan a su asunto, los evangelistas quieren, sin duda alguna, referir los acontecimientos reales, en los que creen con toda su alma. *Su tono* mismo lo garantiza. Y asimismo *su conducta*. Afrontan los azotes (Hechos IV, v. 40), la prisión (v. 3), la muerte (v. 33), antes que desmentir, que atenuar el testimonio esparcido por doquiera.

“Creo de buena gana las historias cuyos testigos se hacen degollar”, notaba Pascal. La sana psicología se da prisa en añadir: no se inventa una doctrina que parecía a los Griegos una locura y a los Judíos un escándalo (I Cor. I, 23); por lo menos, hombres norma-

1. *Chronologie de l'ancienne littérature chrétienne*, t. I, pp. VIII-IX.

les cesan de propagarla, si, en lugar de gloria y de provecho, les reporta principalmente cólera, sarcasmos y represalias.¹

CRÍTICA INTERNA

Cuatro hechos muy señalados garantizan la absoluta probidad de los sinópticos: la concordancia de los relatos y la progresión de los discursos, el retrato de los Apóstoles y el retrato de Jesús.

1. LA COHERENCIA DE LOS RELATOS. ¿Cuál es, en sus grandes líneas, la historia evangélica? Bautizado por Juan y declarado hijo de Dios por una voz del cielo, Jesús comienza su ministerio público después que Herodes Antipas ha hecho prender al Bautista: predica la venida próxima del reino de los cielos, y exhorta a todos los hombres a la penitencia. Elige algunos discípulos; Simón y Andrés, Santiago y Juan; habla con autoridad en las sinagogas, obra una serie de milagros, y logra que su nombradía se extienda a través de la Galilea y gane a no tardar las regiones circunvecinas. Luego que un leproso ha proclamado su curación maravillosa, las multitudes corren en tropel hacia el taumaturgo. Cierta día de fiesta, como un paralítico había recibido la remisión de los pecados, Jesús pronuncia una palabra en oposición con las enseñanzas de la época, lo que exaspera a los Escribas: "El sábado es para el hombre, y no el hombre para el sábado. El Hijo del Hombre es maestro del sábado." Una nueva curación hecha aún en un sábado, día del reposo sagrado, desencadena la cólera de los fariseos y de los herodianos, quienes deciden la muerte de este Maestro temerario. — Se mantiene éste, pues, tanto como le es posible en parajes

1. La hipótesis de unos apóstoles farsantes es absurda. Considéresela en todo su desenvolvimiento: imagínese a esos doce hombres reunidos después de la muerte de Jesucristo, tramando el complot de decir que ha resucitado. Plantan cara con ello a todos los poderes. El corazón de los hombres es extrañamente propenso a la ligereza, a las promesas, a los favores. Por poco que uno de ellos hubiere flaqueado en lo convenido a causa de todos esos atractivos, y, lo que es más, debido a los encarcelamientos, a las torturas y a la muerte, quedaban perdidos irremisiblemente. ¿Sería esto posible? Pascal.

apartados de las masas, y se entrega diligentemente a la formación religiosa de los apóstoles. Dichas primero a todos, las parábolas les son explicadas en particular. A la sazón, fortalecidos con instrucciones especiales, salen a predicar el reino. — Porque no quiere caer en manos de Herodes Antipas, el verdugo de Juan-Bautista, Jesús deja la Galilea y no vuelve a ella sino de paso. Finalmente, torna a Jerusalén, donde predica abiertamente su doctrina. Algunas veces no permanece, por la noche, en la ciudad y se retira a Betania, entre sus amigos, en casa de unos amigos. — Entra triunfalmente un día, por la mañana, en Jerusalén; el pueblo le aclama y agita ramos en señal de alegría, mas los escribas y los fariseos, llenos de envidia, le proponen cuestiones péfidas; públicamente confundidos, se hallan más decididos que nunca a hacer morir a su contradictor. — Un traidor facilita semejante proyecto. Apresado en Gethsemaní, conducido ante el sanedrín e interrogado por el Sumo Sacerdote, acusado de blasfemo (se proclama el Cristo, el Hijo de Dios), Jesús es, finalmente, entregado a Pilatos, quien ordena su crucifixión. Muere sobre la cruz, manos piadosas le dan sepultura, resucita al tercer día...

2. LA PROGRESIÓN DE LOS DISCURSOS merece también sobremanera ser tenida justamente en cuenta. Mas consideraremos aquí solamente algunos trozos que revelan la personalidad del Salvador.

Jesús deja su familia y su estado de carpintero. En Cafarnaum, un espíritu impuro, que se vuelve contra él, proclama su cualidad mesiánica. De ahí el que las multitudes busquen el verle, el platicar con él sobre diversas cuestiones, el sorprenderle, impacientes como ellas están de arrancarle su secreto. A lo que no responde El sino por medio de actos, curaciones y exorcismos porque la hora parece inoportuna: el reino de Dios no es aún comprendido. "Bastará con reflexionar que la palabra Mesías había llegado a ser, debido a esperanzas

nacionales sobreexcitadas, una enseña política. Este nombre, cuya etimología no estuvo nunca en relación con el sentido, déjase codiciar y se presta a todas las significaciones las más lejanas de su origen, las más extravagantes asimismo. Había sido, en cierta manera, usurpado y confiscado por los Fariseos; discretamente, le transformaban en un símbolo político, en el que encarnaban el libertamiento próximo, la inauguración de un reino sin fin, en el que las preocupaciones morales y religiosas quedarían a último término, en el que el templo y la ley serían mantenidos, como los principales órganos de purificación y de santificación. Jesús rehusó, en el desierto el cumplir ese programa; debía asimismo rehusar el título. ¿Qué le importaba un nombre que en las concepciones más depuradas y más rectificadas, evocaba aún la potencia política y la conquista por las armas?"¹

Jesús, no realizó estas esperanzas que no tenían nada de común con su mesianismo espiritual. En primer lugar, verifica una selección entre sus oyentes, se rodea de algunos discípulos, solamente ante un pequeño grupo levanta, poco a poco, el misterio que le oculta a los ojos de los humanos y provoca la confesión de Cesárea; más adelante, "cuando habrá fundado el reino de Dios en las almas, y no congregando en Palestina las tribus dispersas, cuando habrá mostrado que el campo de su reino es el corazón vuelto hacia Dios y no la tierra santa de Jerusalén, que la salvación es la redención del pecado y del mal y no el libertamiento del yugo romano, entonces tomará el título de Mesías. Le habrá desprovisto de la concepción popular cambiándole, y substituyendo en él un contenido nuevo".² A los apóstoles que saben que es el Cristo, les manifestará la verdadera destinación del Cristo: la humillación, el sufrimiento y la muerte (Marc., IX, 12, 30, X, 33,

1. Rose, *Etudes sur les Evangiles*.

2. Rose, *o. c.*

34), acompañamientos inevitables de su misión redentora (X, 45, XIV, 21, 40).

A partir de entonces, si Jesús se mezcla con la multitud, comienza por suscitar la fe. Su cualidad mesiánica, la insinúa de una manera discreta, lo más frecuentemente, para reivindicar derechos que se le disputan o poderes que se le discuten (II, 10, 28, VIII, 31-39). A no tardar mucho, permite le llamen "Hijo de David" (XII, 35), y él mismo se intitula "el Señor". En la última semana, entra en Jerusalén y tolera que el pueblo le aplique un salmo que concierne al Mesías, sin duda alguna. Llenos de cólera y de despecho, los jefes del Sanedrín le interrogan. Solamente entonces se declara (delante de todos) el Mesías, Hijo de Dios, reivindica hasta la más alta función mesiánica, una función propiamente divina, la del juicio. La declaración va más allá de la pregunta. No es El el Mesías de la concepción popular: es El quien realizará la obra de Jahvé, el día de su advenimiento será el día de Jahvé...¹

Este análisis, es posible que no impresione mucho a los profanos: una sencilla lectura les da en mayor escala la impresión que los sinópticos merecen una entera confianza. Siempre ese encadenamiento progresivo que responde a la naturaleza de las cosas y se adapta tan perfectamente a la mentalidad de destinatarios diferentes; esa lógica interior que ven campear en la narración de los acontecimientos, coordinar los hechos y reducirlos a la unidad, todo eso para los críticos, son otras tantas pruebas de que Lucas, Marcos y Mateo han ido registrando con una fiel exactitud las enseñanzas y las acciones del Cristo, que sus Evangelios no son composiciones artificiales sino leales crónicas. Hombres de obscura condición, individuos de tierras orientales, no inventan de esa suerte.

Sabios e ignorantes participan por lo demás de una misma convicción ante el

1. Rose, *Etudes sur les Evangiles*.

3. RETRATO DE LOS APÓSTOLES. No está fuera de lugar el hacer sobre el particular más de una observación interesante.

En la época en que san Mateo, san Marcos y san Lucas publicaban sus obras, la Iglesia profesaba a los Doce un aprecio y estimación que jamás ha sido igualada: ¿no eran ellos, en efecto, los testigos auténticos del Cristo, los canales que habían hecho llegar hasta las almas todas las aguas vivas de la fuente misma?

a) Y para convencerlos de ello, estudiad los Sinópticos. Nada se advierte en ellos que suene a lisonja o adulación para los Apóstoles; esos libros, diríase, tienden a reducirlos al nivel ordinario de los demás hombres. Gente resuelta, pero ruda, salidos de entre las barcas o alistados en la mesa del publicano no comprenden las palabras de su Maestro, aún después de un trato asiduo con él durante tres años; en lugar de engrandecerles, la generosidad impetuosa de sus promesas les humilla por el contraste de una conducta débil; se muestran decaídos en el Calvario, y tan tardos en aceptar el mensaje de la Pascua! Semejantes cuadros son realistas, en verdad, y sus pinceladas no pertenecen al artista que estiliza sino al pintor cuidadoso de reproducir un documento.¹ “Toda la antigüedad² y hasta los tiempos modernos han admirado la sinceridad de los evangelistas y especialmente de Marcos, quien ha puesto en una luz tan cruda la incapacidad natural y los desfallecimientos de los Apóstoles de la nueva religión. No se explicaba un tan singular proceder de

1. Cfr. Marcos, el pretendido primer evangelista (VIII 17-18, IV 13, VI 52, IX 10, XIV 40). Seguramente, Mateo (XIII 18, XIV 33, XVI 8-9, XVII 10, XXVI 43) pone menos de relieve esta ininteligencia del colegio apostólico, y los racionalistas se valen de ello para denunciar una idealización convenida y tardía. Mas que se lea en este autor cuáles fueron la falta de fe de los Apóstoles (VII 2, XVII 20), sus ambiciones (XVIII 1, XX 20), su carácter interesado (XIX 27), su debilidad (XXVI 38, 40, 43) y su cobardía (XXVI 56), cuáles fueron las lagunas, los errores, los desfallecimientos (XIV 28-32, XVI 23, XXVI 69-73) del jefe de los Doce, y se verá que los retratos son substancialmente parecidos; si Marcos se apoya sobre uno u otro pormenor, es ello debido a que se hace eco de la humildad de Pedro cuya catequesis reproduce.

2. P. Lagrange.

parte de un discípulo sino por el respeto de los derechos de la verdad. Y esta verdad parecía muy verosímil. Unos cuantos pescadores de Galilea no podían en un solo día llegar a ser los predicadores de la doctrina que ha triunfado de las resistencias de san Agustín y que ha arrebatado la inteligencia de Pascal. Es ello un tema tratado frecuentemente y que todos comprenden sin esfuerzo alguno.”¹

b) Podemos, sobre esto, bordar variaciones igualmente convincentes. Los Sinópticos, lo hemos dicho ya, son en primer lugar Mateo, Pedro, y, cuando menos en parte, Pablo, que se dirigen a las multitudes. Pues bien; los incidentes más gloriosos para su héroe divino, lo mismo que los más dolorosos, los más humillantes y los más trágicos, no provocan en ellos ni entusiasmo, ni piedad, ni cólera. El misterio de la Encarnación, por ejemplo, la infame traición de Judas, las escenas de la pasión, todo eso nos lo narran sin emoción aparente, con una impasibilidad que, a primera vista, os desconcierta. ¿Sería acaso que carecían de corazón? Su vida toda, sus epístolas, su muerte sangrienta y generosa desmienten semejante hipótesis: no, allí no hay sino una prueba de lealtad, la resolución de exponer los hechos tal como se sucedieron, de no mezclar nunca allí un acento personal.

Si los oyentes no se equivocaban sobre el particular, ellos que convivían con los Doce y les conocían muy bien, una relación escrita corría el peligro, por lo menos, de engañar a los extranjeros, a los lectores pertenecientes a generaciones remotas. ¿Lucas, Marcos y Mateo recurrieron, pues, a subtilidades determinadas, irán estampando entre los acontecimientos algún sobrio comentario? No, las catequesis primitivas, las reproducen tal como eran, las disponen sin artificio, fijando así sobre su obra el sello de la honestidad literaria. “Semejantes cuadros, diremos con M. Lepin, son de testigos

1. Op. cit., CXLIX.

exactos y sinceros, que no quieren desnaturalizar ni disimular nada, que saben hacer abstracción de las realidades presentes y de ellos mismos, para relatar únicamente y simplemente la verdad de la historia.”¹

Una nueva prueba, y más llamativa aún, nos es suministrada por

4. EL RETRATO DE JESÚS.

¿Por qué le hacen tan débil en su agonía? ¿No saben pintar una muerte constante? Sí, porque el mismo san Lucas pinta la de san Esteban más fuerte que la de Jesús.

Pascal

Jesús, Hijo de Dios, venido del cielo en donde preexistía en el seno del Padre, participando de la naturaleza divina y verdadero Dios, está sentado, después de su resurrección, a la derecha de su Padre y asociado a su gloria, esperando que vuelva de nuevo a juzgar a los vivos y a los muertos: hed ahí lo que profesaban los fieles hacia el año 50, según muchas Epístolas de san Pablo lo atestiguan claramente (Rom., I 3, VIII 3, 32, IX 5; I Cor., I 15, 24, 30. II Cor., IV 4, V 19, VIII 9; Gal., IV 4-6; Philipps, II 5-7; Col., II 9, etc.).

Ahora bien, los autores sinópticos—dos de los cuales están en conexión con el Apóstol de los Gentiles y quienes, los tres a la vez, compusieron su libro en esta época—*apenas insinúan la preexistencia del Salvador*, y si hacen transparentar su divinidad a través de sus discursos y de sus actos, no la afirman señaladamente de una manera expresa y formal antes de la comparecencia de Jesús en presencia del Sanedrín. *Al contrario, insisten en su humanidad*.² “El Cristo sinóptico, dice

1. *Jésus Messie et fils de Dieu*, XXXVI.

2. Según los críticos que tienen a Marcos por el primer evangelista, Lucas y Mateo borran o esfuman los trazos humanos del Salvador, del que la idealización progresiva por parte de los fieles habría a la sazón tocado a su término.

a) Su aserción es exagerada. Tanto como el Cristo de Marcos, el Cristo de Mateo sienta numerosas cuestiones; experimenta la piedad, la indignación, y aun ciertas limitaciones de poder (IX 36, XIV 14, XV 32, XX 34-XXIII-VIII 26, XIV 32, XVI 15, XVII 24, XIX 17,

M. Loisy, es un ser de carne y huesos, que trata con los hombres como uno de entre ellos, no obstante la consciencia que tiene de su alta misión, o quizás a causa de esa consciencia; habla y procede de un modo humano; se sienta a la mesa del fariseo y del publicano; se deja tocar de la pecadora; conversa familiarmente con sus discípulos; es tentado del demonio; se aflige en el huerto de Gethsemani; obra milagros por piedad, ocultándolos antes que sacar de ellos provecho para autorizar su misión; se mantiene sereno y digno ante sus jueces, mas permite le recriminen y le injurien; el clamor que emite antes de morir es un clamor de angustia y de agonía; si se le escucha se percibe en todas partes, en sus discursos, en sus actos, en sus dolores yo no sé qué de divino que le eleva por encima de la humanidad común, aun la más aventajada, todo cuanto dice es profundamente humano, todo penetrado de actualidad humana, si es permitido hablar así, y a pesar de la poderosa novedad que en el fondo hay, en una correspondencia estrecha y natural con el tiempo y el medio en que vivió. Jesús viviente trata con hombres vivientes; el mundo que se ve agitarse en torno suyo es un mundo real, los personajes que allí se dibujan tienen el relieve de su existencia y de su carácter individuales; la vida está por doquiera y con ella la verdad de la representación histórica.”¹

Mas aun, hay como para preguntarse si nuestros evangelistas no habrían desconcertado la fe de algunos de sus oyentes. Su Cristo no se otorga una califica-

XXII 2-IX, 30-31, XIII 55, XVII 28). Algunos rasgos parecidos se hallan en Lucas (XI 46-VIII 25, IX 20, XVIII 19, XX 34-XIV 23, XXVIII 36).

b) Por otra parte, lejos de ser un indicio de menor ciencia, las interrogaciones están conformes con el método de enseñanza que practicaban los rabinos, y el criterio de las emociones anotadas no tiene el valor que se le atribuye: sin ello, menester fuera conceder al cuarto evangelio la prioridad sobre los tres sinópticos. No se puede ya más sostener con certeza que el traductor griego de S. Mateo ha querido presentar con colores menos crudos el contratiempo del Maestro en Nazaret: “No hizo allí muchos milagros, dice uno, a causa de su incredulidad” (XIII 58). “No pudo allí hacer milagro alguno, escribe el otro, si no es que sanó a algunos pocos enfermos, imponiéndoles las manos” (VI 5).—Y he ahí echado al desecho un argumento a favor de la anterioridad de S. Marcos.

1. *Le quatrième évangile*, p. 72.

ción: "el Hijo del Hombre", que no toman nunca por cuenta suya y que se halla raramente aplicado en otros lugares? (Marc., II, 10, 28, Matth., XI, 9, XII, 32, 46, XIII, 37, 41, X, 23, etc.); ¹ ante su Padre, se mantiene en la actitud de un inferior y de un suplicante (Marc. VII, 34, XIV, 35, 36, 39; Matth., XIV, 23, XXVI, 39, 42, 44, 53; Luc. VI, 12, XXIII, IX 18, 28, XXII, 42, 43, 46); opone la blasfemia contra él mismo, el Hijo del hombre, y la blasfemia contra el Espíritu Santo que obra en él (Matth., XII, 32, Marc., III, 29); el día del juicio, parece ignorarlo (Marc., XIII, 32; Matth., XXIV, 36); rehusa el título de bueno como si perteneciera únicamente a Dios (Marc., X, 17, ss.); vedle, en Gethsemaní, someter su voluntad a la de su Padre (Matth., XXVI, 39, Marc., XIV, 36, Luc., XXII, 42), sobre la cruz, finalmente, parece creerse abandonado de Dios (Matth., XXVII, 46, Marc., XV, 34).

Y de lo dicho hasta aquí ¿no salta a la vista en cuán alto grado nuestros autores llegaban a despojarse de sus tendencias personales, y a hacer abstracción de una fe ya extendida y profunda? Trataban pues sus fuentes con imparcialidad, en la serena confianza de que la verdad prevalecería en definitiva contra la perturbación posible de ciertos hermanos, contra las objeciones y las burlas de los paganos o de los judíos.

* * *

Otro problema, empero, suscita obstinadas discusiones. Si Lucas, Marcos y Mateo no han narrado nada sin creer en ello, ¿no tenían, con la mayor buena fe, la seguridad del error? ¿Espíritus ingenuos y crédulos, no estarían sugestionados por cuanto se movía en torno suyo o víctimas de sus propias ilusiones? La cuestión vale perfectamente la pena de ser examinada: se trata de la autoridad de los evangelios.

1. Lepin n.º 193. Rose, o. c., cap. V.

II

La objetividad de los Evangelios

Señalemos la primera etapa:

A.) Orales o escritas, las fuentes consultadas por los evangelistas podían reproducir la historia y la doctrina auténtica de Jesús.

La investigación no era difícil tratándose de una vida que había removido la Palestina entera, de una misión proclamada en presencia del Sanedrín. La enseñanza de Jesús contrastaba desde luego con la Ley; la nombradía de sus milagros se hacía oír hasta en el palacio de un tetrarca; el movimiento espiritual cuyas ondas descendían del monte Calvario, un celador famoso, Saulo, le ampliaba más aún y le hacía ganar cada vez mayor terreno. Por consiguiente, LOS HECHOS se bastaban a sí mismos así como las palabras que se relacionaban con esos hechos.

Mas, ¿qué decir de los DISCURSOS propiamente dichos? El lapso de tiempo que separa su emisión —26-29— y su traslado por escrito —30-70— ¿no debería inspirarnos alguna desconfianza? En el siglo de la linotipia, de las máquinas de escribir y de los policopistas, se experimenta tan naturalmente el fetichismo de la letra...

Sin embargo, *la facultad de retener es grande entre los iletrados*. “Se ha observado mil veces, dice Renán. que la fuerza de la memoria está en razón inversa del hábito de escribir. Nos cuesta figurarnos lo que la tradición oral podía retener en las épocas en que no se descansaba sobre las notas que se habían tomado o sobre las hojas que se poseían. La memoria de un hombre era entonces como un libro.”¹ Doscientos años habrían pasado antes de que el Talmud, hubiera sido fijado me-

1. *Les Evangiles*, p. 77,

diente la escritura. Según Max Muller, han sido menester muchos siglos para dar la forma escrita a los 16.448 versos del Rig-Veda.¹ Hoy mismo, las personas de cultura, que emplean el discurso indirecto y resumen lo que han oído, refieren con menor fidelidad los pormenores que las gentes sencillas; prefieren el discurso directo, y éstas reproducen palabra por palabra las narraciones de sus interlocutores.

Por lo que a esto se refiere, *los judíos instruidos sufrían un verdadero adiestramiento*. “Los rabinos reunían en derredor suyo a sus discípulos, recitaban una sentencia de los antiguos doctores, traían a la memoria las soluciones ya dadas a la cuestión, y la discusión, en la que tomaban parte maestros y discípulos, empezaba. Estas sentencias acumuladas formaron una tradición que se llamó la “*mischnâh*”...² Todo buen discípulo, se complacían en decir, es aquél que semejante a una cisterna construída en la cal, no pierde una gota y esta alabanza glorificaba hasta a los más célebres sabios tales como R. Jochanan ben Zakhkai: “No pronunciaba una palabra que no hubiere oído de su maestro”. Hacia la mitad del siglo segundo, vemos a Papias inspirarse en esos principios. “Lleno de desconfianza por los preceptos caprichosos que hacíanse³ circular, no quería yo otra cosa, afirma él, sino conocer aquellos que fueron confiados por el Señor a la fe de sus discípulos, y que provenían de la Verdad misma. Si me encontraba con alguno que había seguido a los presbíteros, le movía plática yo:... ¿Qué decía Andrés? ¿Qué decía Pedro? ¿Qué decían Felipe, Tomás, Santiago, Juan, Matías y tal otro de entre los discípulos del Señor?... Porque no pensaba que los libros todos me pudiesen reportar provecho en tan alto grado como los datos recogidos de la tradición (literalmente: de una voz) viviente y perma-

1. Dos cosas han favorecido la recordación: 1.º) la forma literaria, métrica y poética; sobre todo 2.º) el carácter sagrado de los textos: una alteración habría sido considerada como una profanación.

2. Jacquier, p. 297.

3. Los gnósticos.

nente". ¡Qué desdén del libro! ¡qué desconfianza de la escritura! ¡qué confianza, por el contrario, en el testimonio oral! Un libro no tiene alma, observa a este propósito Mgr. Batiffol,¹ ni convicción, ni personalidad; es el instrumento de la verdad y también asimismo del fraude y de lo falso; un libro es irresponsable. Mientras que la "voz viviente" es la voz de un hombre que dice lo que ha visto y lo que ha oído, y que responde de ello."

Añadid que *Jesús revestía su pensamiento de una forma mnemotécnica*. El genio hebreo tiene especial predilección por el corte simétrico de las frases y por la simetría de las antítesis; ello hace que las palabras se peguen en la memoria:

No juzguéis a los demás,
si no queréis ser juzgados.
Porque con el mismo juicio que juzgaréis
habéis de ser juzgados;
y con la misma medida con que midiereis
seréis medidos vosotros.²

También usa *de progresivos desenvolvimientos de la frase*:

Nadie echa un remiendo de paño nuevo a un vestido viejo; de otra suerte, rasga lo nuevo parte de lo viejo, y se hace mayor la rotura.

Ni tampoco echan el vino nuevo en pellejos viejos: porque entonces revienta el pellejo, y el vino se derrama, y piérdense los cueros. Pero el vino nuevo échanlo en pellejos nuevos, y así se conserva lo uno y lo otro.³

No retrocede, a veces, ante una cierta aspereza de la frase:

¡Hijos míos, cuán difícil cosa es que los que ponen su confianza en las riquezas entren en el reino de Dios! Más fácil es el pasar un camello por el ojo

1. *Six leçons sur les Evangiles*, p. 29.

2. Matth. VII, 1-2, 7-8; X, 16, 26-27; Luc. VI, 27-28.

3. Matth. IX, 16-17; VII, 6; VI, 24.

de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos.¹

Y como Jesús no predicaba sin duda cada día cosas inéditas, hartas veces repetidas “esos proverbios en forma de imagen, esas paradojas aparentes que se graban tanto más fácilmente cuanto que han antes provocado una ligera expectación, esas sentencias recalcadas como dos grandes olas que vienen a surcar un mismo camino, esos desenvolvimientos paralelos con una suerte de movimiento estrófico² todo ello producía en el recuerdo de los humildes una impresión indeleble.

La tradición oral, finalmente, se conservaba, “no en la memoria de tal o cual oyente novel, sino en esas comunidades palestineses en las que los fieles estaban en estrecha unión, donde tantos de entre ellos habían, conjuntamente, escuchado al Maestro, donde la memoria de unos comprobaba la memoria de los otros, donde el papel soberano y decisivo de la “palabra del Señor” exigía que no hubieran dudas sobre su autenticidad y sobre su literatura.”³

No es, pues, sorprendente que los tres primeros evangelistas estén de acuerdo, lo más frecuentemente, sobre la misma serie de los discursos y de los hechos. sobre numerosos episodios, no pocas veces sobre la construcción de las frases y la disposición de las palabras. De esa suerte, nota un racionalista, M. Weiss, se confirma la experiencia universal de que aquello que ha sido dicho una vez de una manera perfecta, no puede jamás ser desfigurado y perderse.”

La cuestión de la posibilidad resuelta, menester es establecer una segunda tesis:

B.) Las fuentes consultadas por los tres sinópticos reproducen en realidad la historia y la doctrina auténticas de Jesús.

1. Marc. X, 24-25; Matth. V, 29-30, 39-40; VI, 26-33.

2. *Christus*, p. 688.

3. Duplessy, *L'Autorité des Evangiles*, p. 56.

Se conviene generalmente que el marco en el cual san Mateo, san Marcos y san Lucas colocan la vida del Cristo, responde con exactitud a los datos científicos más ciertos. Dos pruebas, escogidas entre muchas, aportarán a esta tesis una dichosa confirmación. Las aduciremos entresacándolas del campo de la numismática y de la cronología.

I. LAS MONEDAS EN EL EVANGELIO. En lugar de hablarnos de "siclos", del "géráh", del "hazi", del "rabiah", como lo hubieran hecho personas falsarias del siglo segundo, los Sinópticos citan de ordinario las piezas romanas y las piezas griegas. Como era lo justo. Porque la moneda nacional era poco conocida; se la acuñaba más después de la dominación romana. Si con todo eso, Mateo (XXVI, 15) nos enseña que Judas recibió treinta siclos como recompensa de su maldad, era ello que los sacerdotes debían sacar ese dinero del santuario; ahora bien, *en el templo, se reducía toda suma a esa unidad, alrededor de 2,83 fr.*

Ordinariamente, los evangelios hacen alusión al denario y a sus subdivisiones, con el que los romanos habían inundado por doquiera el mercado comercial. Aquí también personas falsarias habrían dejado traslucir su secreto. "Conventione autem facta ex denario diurno": se concibe un salario de 75 céntimos, valor del denario en tiempo de Augusto—inclinadas sobre la gleba desde la mañana hasta la noche, y tostadas por el sol o atormentadas por los vientos, hace poco nuestras escardadoras flamencas no percibían más—, *esa moneda fué paulatinamente depreciada*, de tal manera que, bajo el poder de Diocleciano, representaba poco menos de tres céntimos! "A qué fin desperdiciar ese perfume, siendo así que se podía vender en más de trescientos denarios..." (Marc., XIV, 4, 5). Aún cuando se trate de nardo fino, ese precio, a primera vista, parece inverosímil: doscientos treinta y cuatro francos!... Y, sin embargo, el autor sagrado tiene toda la razón; leed a Pli-